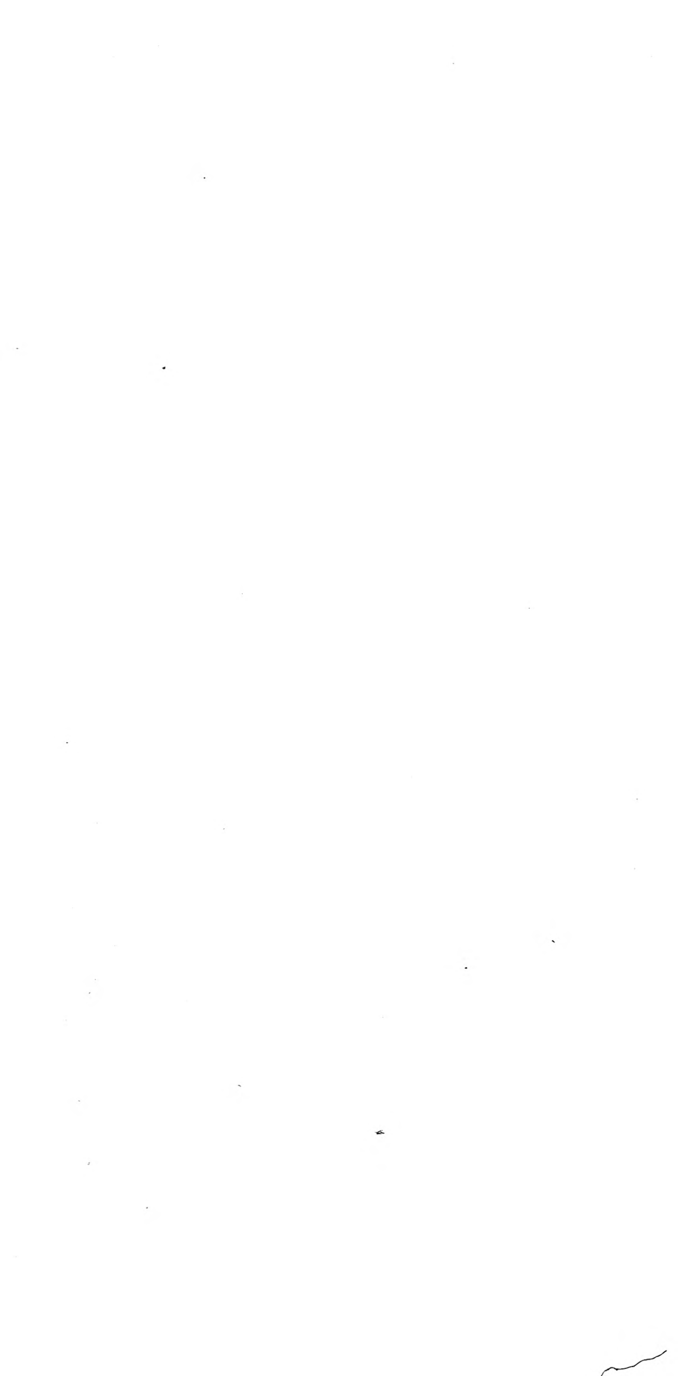


G. DAIREAUX

LOS DIOSES DE LA PAMPA



BUENOS AIRES

IVALDI & CHECCHI — EDITORES

GODOFREDO DAIREAUX

LOS DIOSES DE LA PAMPA



Godofredo Daireaux

Los Dioses de la Pampa

Vastas dilexi solitudines



BUENOS AIRES

Editores IVALDI & CHECCHI, Artes 635

1902

PRÓLOGO

En la falda del Parnaso, bajo la sombra azulada y de vaporosa trasparencia de los mirtos elegantes y de los esbeltos cedros que rodean la fuente Hipocrene, una embalsamada tarde primaveral, las Musas, hijas de Júpiter y de Mnemosina, descansaban, recostadas en actitud voluptuosamente modesta, sobre el pasto florido. Escuchaban los mil cuentos con que su divino maestro Apolo, despues de la lección, las solía entretener.

Ese día, les contó que de países lejanos, separados de Gre-

cia por una inmensidad de agua, y conocidos por el nombre de América, había llegado la noticia de existir una ciudad importante, comparable, según se aseguraba, por la refinada cultura de sus habitantes, por su amor á las bellas-artes, por el respeto y la admiración con que rodeaban á los artistas y á los poetas, á la misma Atenas, hija predilecta de los dioses. Y las Musas, entusiasmadas, pidieron á Apolo que las acompañase hasta dicha ciudad, donde los hombres, sin duda, les edificarían templos para remunerar sus lecciones y les dedicarían el culto que han sabido merecer en todo el orbe civilizado.

Montadas en el fabuloso caballo Pegaso, llegaron á la América del Sud, y admiraron la gran ciudad. Pero pronto vieron que Mercurio se les había adelantado; que todo, en ella, no era más que comercio, y

que todo se vendía por dinero, menos justamente las obras de los artistas, que nadie quería comprar, por no comprender el valor que pudieran tener.

Los poetas andaban hambrientos y miserables, humildes y despreciados, por su misma pobreza, y al fin, avergonzados,—aunque la vergüenza no hubiera debido ser de ellos,—cuando un mercader les preguntaba lo que les pagaban por sus versos, de tener que contestar siempre: «nada.»

Muchos eran los que se daban por discípulos de Polimnia, musa de la elocuencia, pero confundían lastimosamente el mucho hablar con el bien decir; y en los templos dedicados á Talía, sólo eran aplaudidos actores venidos de comarcas lejanas, que en idiomas extranjeros, recitaban obras extranjeras.

Euterpe encontró que ya celebraban su culto muchos habitantes, por ser siempre y en

todas partes, la afición á los suaves acordes de la música la primera manifestación del refinamiento de las poblaciones; y tampoco Terpsícore habría quedado desconforme, si no se hubiera exijido de sus sacerdotizas para concederles aplausos, que — apartándose de las reglas honestas del baile hierático que ella enseña — dejasen ver sus formas armoniosas algo más arriba de lo que requieren los movimientos acompasados de la danza sagrada.

Pero no se atrevió á hacer observaciones, pensando con razón que ya que en la nueva Atenas, más se buscaba la satisfacción de los apetitos materiales que la de necesidades artísticas apenas en embrión, le podría suceder lo que al poeta Lino, que murió de un lirazo en la cabeza, por haber reprochado á Hércules su pesadez en bailar.

Y todas las demás musas en-

contraron que si bien se les dedicaba algún culto, siempre era con alteraciones ó deficiencias que demostraban incompleta educación; y Apolo prometió sugerir, como lo había hecho con Mecenas en Roma, á algunos hombres poderosos el noble orgullo de proteger eficazmente á los devotos del arte, dándoles siquiera el pan cotidiano y el estímulo tan poco costoso de los merecidos laureles.

El jardinero excelso que con amor cultiva la flor delicada del arte, desprecia, olvida, arrobado por su pensamiento, los apremios de la vida; al rico inteligente que goza de las creaciones del artista, le toca proveer regiamente á sus necesidades, sin dejárselo sentir. Y donde el rico así no lo entiende, no moran las musas.

Y por esto fué que ahuyentadas estas por la pobreza en que veían sumidos á sus

discípulos, y por la poca voluntad hacia ellos de los que á su antojo, reparten la lisonja y la censura, dejaron entender á Apolo que Atenas no se había mudado todavía; y volvieron con él á Grecia, mirando con cierto sentimiento la inmensa y majestuosa soledad pampeana, como si en ella encontrasen, á pesar de su desnudez, algo digno de ser celebrado por el pincel y la pluma.

Nada dijo el Diós, ni ordenó nada antes de desaparecer de estas playas; pero interpretando su pensamiento secreto, y á falta de otros más dignos, he tratado de evocar en este librito la figura de los muchos dioses que, seguramente, flotan en el ambiente pampeano.

*
* *

Por lo demás, lector, esta pequeña obra sólo contiene fantasías de perfecta inutilidad.

No busques en ella ni un consejo práctico, ni una indicación comercial ó industrial, ni siquiera una receta médica ó culinaria. El que así no la quiera, que la deje.

Para mí ha sido pretexto de ensueños amenos y de poética diversión, y sería ingratitud el pedirle otra cosa.

G. D.



I.

LA DIOSA PAMPA.

El jinete seguía su viaje. Venido de lejanas comarcas, cuajadas de habitantes y de riquezas acumuladas durante siglos, veía la llanura inmensa desenvolver ante sus ojos horizontes siempre renovados, iguales siempre; y se quejaba del cansancio, del calor, del frío, del viento, de la pobreza de estas tierras sin fin, inquieto por llegar á su destino y por dejar tras sí, como pesadilla, esta soledad con su silencio.

Había pasado, viendo... sin sentir.

Un gaucho galopaba. Hijo, éste, de la llanura, la iba hollando, indiferente, llenándose los pulmones con el aire puro de la Pampa, gozando, pasivo, de la vida fácil en los extensos campos, de la independencia que dan los grandes espacios.

Algo sentía, sin duda, pues iba cantando; pero pasaba... sin ver.

No á todos los pastores de Arcadia era dado sorprender á las diosas, que al decir de los poetas, poblaban las campiñas griegas. Tampoco la ven todos á la diosa Pampa, y, sin embargo, es un ser; existe, ¿quién lo duda?

Algunos la vieron; muchos la han oído.

La han oído á la oración ó de noche, ó durante las terribles horas de la siesta, ó en los deliciosos momentos de la mañana, cuando mil rumorcitos anuncian bien claro que suavemente está vibrando su alma y que se está hablando á sí misma, susurrándose sus propios sueños; pues sueña.

¿Con qué soñará la diosa solitaria?

Ruda es, huraña, al parecer, como todos los solitarios que se quieren figurar, y quieren hacer creer que aman en realidad su soledad y su retiro. Y, con todo, es hermosa. Pregúntenle al Sol si no detiene, con admiración, su antorcha en sus poderosas formas; la Luna la mira con compasión, al ver sus encantos tan pobremente vestidos con los pocos adornos que le regala la Lluvia del cielo.

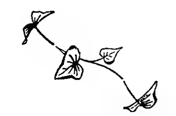
¿Será desdeñosa? ¿Se querrá hacer desear?

No; sólo que es, al contrario, injustamente desdeñada, y su sueño inconsciente es el de toda vírgen: el de ser amada y de ser madre.

Ignora porqué la desprecian; ansiosa, se pregunta por qué la dejan infecunda; si será por timidéz ó por indiferencia que rechazaron todos, hasta hoy, su amor.

Resignada, espera, silenciosamente encerrada en su haraposa majestad, al semi-dios que la quiera de veras,

aunque la violente, brutal; pronta á entregarse al amante vencedor, brindándole á él y á las mil generaciones que engendre, los opíparos frutos de su inagotable fecundidad.





II.

HERMOSURA CIMARRONA.

De la Tierra, dicen, de la tierra americana, fecundada por el Sol, nació, en el principio de las edades, la Hermosura Cimarrona.

Del mismo color materno, humilde, sumisa, tan ignorante de sí misma como ignorada de los demás, permaneció precaria, desconocida, sin culto, durante una larga serie de siglos.

No le podía caber en suerte, en las comarcas miserables y desiertas donde vió la luz, tener como la Venus griega, al salir de las espumas

del mar, una corte de poetas, estos verdaderos padres de la Hermosura inmortal.

Y durante esa larga serie de siglos, aquellos á quienes hubiera podido tener de sacerdotes, toscos y groseros, la creyeron de la misma inferior raza humana de la cual salían ellos, no dándola más altares ni más templos que sus toldos errantes.

¿Cómo la hubieran creído de orígen divino, si el Sol, su padre, con los mismos rayos doraba sus cuerpos bronceados de guerreros salvajes, y acariciaba sus esbeltas formas de diosa?

La misma Tierra, su madre, desnuda y pobre, no tenía ni podía tener más atenciones para ella que para su demás progenitura; y pasaron así los tiempos.

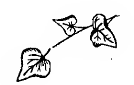
Y cimarrona quedó la Hermosura pampeana, hasta que á las riberas llegaron, suavemente impulsados por la brisa sobre las olas del Padre del Mar, en sus naves de grandes alas

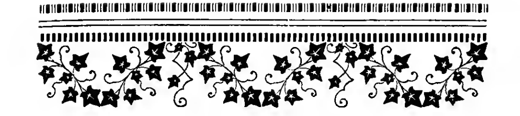
blancas, unos séres desconocidos, vestidos de hierro, altivos y que llevaban consigo el fuego y el trueno, montados en otros séres terribles y rápidos.

Conquistaron la tierra; y de su hija la Hermosura Cimarrona, hicieron la Hermosura Criolla. Y la Hermosura Criolla,—conquistados los conquistadores,—pudo, rodeada de adoradores, abrigar en templos su cutis, ajado, hasta entonces, por los continuos besos que le robaba,—amante desdeñado,—el viento áspero, en los campos llanos. Su admirable pelo, negro como el ala del cuervo, abundante como el agua del rio, adquirió la suavidad de la seda; sus dientes admirables que eran perlas, no pudieron hacer mas que seguir siendo perlas, y sus grandes ojos negros, en cada uno de los cuales centelleaba, atenuado por una sonrisa de bondad, uno de los rayos paternos, reflejaron á la vez,—con ideal y penetrante expresión,—y la sumisa ternura de la diosa desconocida de las edades pa-

sadas, y la seguridad altanera de su decisiva victoria.

Y del conjunto salió, amable, clemente y dominadora, la Hermosura Argentina, diosa.





III.

QUEJIDOS MUSICALES.

El viento, en la llanura, se queja, se queja siempre; con silbidos agudos ó con llantos suaves, ó con roncos gritos, su voz es un eterno lamento. De las pajas y de los juncales no arranca más que gemidos. Si corre despacio, suspira, triste; y cuando sopla, poderoso, lo que casi siempre hace, sus plañidos estridentes hacen estremecerse la Tierra.

El Viento de la llanura, cuando quiso probar la flauta de Pan, la quebró en mil pedazos; arrancó la lira de las manos de Apolo y reventó las flautillas de Euterpe, quedan-

do él solo para enseñar la música en la Pampa.

Y por esto es que en estos · sus dominios, no hay gorjeos armoniosos y que desapareció, tapándose los oídos, la ninfa Eco.

Quiso formar discípulos.

Pensó que con los pájaros de la Pampa, la tarea sería fácil. Les había enseñado á volar y les quiso enseñar también á cantar.

El tero, el chajá, el chimango, la gaviota y la lechuza fueron sus discípulos más aventajados, llegando á cubrir el canto triste del viento con cantos más tristes aún.

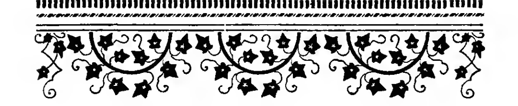
En su desconsuelo, se resignó el maestro á emprenderla con el Hombre, de quién no se había hasta entónces querido ocupar, convencido que de él, no podría sacar nada. Nómada, inquieto siempre, hambriento; obligado, para sostener su precaria existencia, á guerrear siempre; no viendo más en la abundancia casual que un pretexto para orgías sin alegría; incapáz de iluminar siquiera de un rayo de ternura la satisfacción

brutal de sus apetitos, ni quería, ni seguramente podría entender nada de música, bastándole los ruídos ensordecedores y los gritos destemplados.

Pero sucedió que el Hombre, de costumbres ya más refinadas, menos andariego, menos hambriento, de corazón más sensible, prestándose á escucharlo, trató de expresar cantando, lo que sentía su alma naciente: imitó el canto del Viento entre las pajas de la Pampa. Pero como la voz del Viento siempre parece lamento, el gaucho cantó sus amores con lamentos, cantó la gloria con llantos, y su vida con quejidos, y el fragor de las batallas con gritos estridentes y roncos acentos.

Y cuando, de allende los mares, un Orfeo desconocido trajo la guitarra y se la donó, nació,—melancólico cantor de canciones quejumbrosas como las del Viento en la Pampa,—el Payador Argentino.





IV.

FAMILIA DE LOCOS.

¿Qué es lo que habrá perdido el Viento?

¿A quién andará buscando?

Hace poco, apareció por un punto del horizonte, como de paseo, tranquilo, manso, suave; recorrió despacio la llanura, acariciando las pajas altas y los juncales que saludaban, complacidos; hizo cosquillas, al pasar, á las aguas de la laguna, que se rizaron, sonriéndose, y se fué.

Ahora, vuelve por otro lado, como loco, dando vueltas en contorno de los ranchos, sacándoles el techo para mirar lo que pasa en ellos, ó

abriendo las puertas y cerrándolas á golpes, y parándose un rato, para correr otra vez con más furia. Registra los pajonales, los azota con violencia, agarra del cuello los juncos, los tira de rodillas, y sacude las aguas hasta romper el espejo de la laguna.

¡Y se fué! ¿Que andará buscando?...

¡Ah, ya volvió! esta vez no solo gime, como siempre, sinó que llora á mares. Le acompaña la Lluvia, y vá derramando lágrimas que es una desolación... ¿Habrá perdido algún pariente, ó le habrán hecho algún daño?

¡No; si es otro! son tres hermanos: uno que sería de genio regular, si no fuera tan caprichoso; el otro siempre violento, malhumorado; y el tercero, llorón y triste como él solo, que parece no poder sobrellevar su suerte.

Los tres tienen una historia singular ¿Quién sabe si será cierta? Cuentan que una vez, el viejo rey Eolo quiso, como era su costumbre, encerrar todos los vientos en el

odre donde los solía guardar. No pudo; los muchachos ya se habían criado; habían ido, varias veces, de una disparada, cuando el viejo no miraba, á recorrer países nuevos que recien se iban haciendo conocer, y el espíritu de independencia se apoderó de tal modo de tres de ellos que se hicieron los sordos y no contestaron á los gritos del rey, debilitado por la edad; pues tambien pasan los dioses.

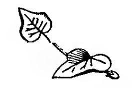
Se fugaron, y despues de mucho andar, llegaron á la Pampa. Cuando quisieron volver á su tierra, vieron que estaban presos, en castigo de su desobediencia; y desde entónces, siempre tratan, cada uno á su modo, de romper las infranqueables paredes de la cárcel donde los encerró la maldición de su amo.

Si el viento Norte quiere deslizarse por el sur, después de haber escollado contra el Ecuador que lo detuvo, como siempre lo hace, pronto lo rechaza el mismo hermano llorón que, destilando agua, se viene del Atlántico, donde aguarda, él también,

sin encontrarlo jamás, un momento favorable para mandarse mudar.

Y cuando este está por llegar á las Cordilleras, que también tiene sus esperanzas de franquear, se encuentra á su vez con el otro hermano, el rabioso Pampero, que enojado de haber sido mojado por él, lo rechaza hasta el mar.

Y cada vez que pelean entre sí los tres, echándose la culpa uno á otro, de su desgracia común, el Hombre es el que paga los gastos de la guerra.





V.

PASTOS Y FLORES.

La diosa de las Praderas, hermana de la diosa Pampa, pero de mejor génio, mas sociable, mas hospitalaria, incansablemente se esfuerza en darle á ésta mejor figura, á pesar de su resistencia.

Aprovecha sus descuidos para agregarle al pobre vestido algún adorno de color alegre, ó algún retazo de género más tupido; pues le dá vergüenza verla tan descuidada.

Pampa se defiende, se enoja, trata de destruir lo que para ella hizo la benévola diosa de las Praderas; tapa con arena, destruye con salitre los

yuyos verdes que, mata tras mata, vá plantando ésta en sus dominios.

Pero no descansa en su obra la Diosa bienhechora y, poco á poco, le dá á la hermana aspecto más atrayente y más simpático. A escondidas, vá, y entre el pasto puna, gris y feo, duro y seco, tira algunas semillas de trébol, de gramilla ó de cardo. Pampa los manda destruir por los pájaros, por el agua, ó por el sol, pero siempre quedan algunas y, poco á poco, su puna mimada vá mermando, vencida.

Lo que más á Pampa le gusta por adorno, es echarse en las espaldas algún manto de pajas espesas y de fachinales ordinarios que le dan aire todavia más huraño.

Y su hermana trabaja, se empeña en quitárselo, en cambiárselo por un rico vestido de pastos tiernos, verdes y tupidos, cuya sola vista haga felices á los pastores, protegidos de Pan y de los Faunos, y sus grandes amigos.

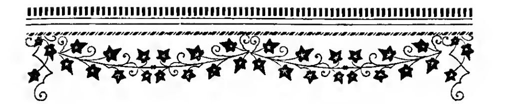
Los pastores, para ayudarla, de vez en cuando, queman los harapos

de Pampa, dándole ocasión á la buena diosa de regalarle en cambio verdes praderas.

Pero tiene sus peligros el recurrir á esos medios; Pampa es vengativa: con solo prohibir á la Lluvia de regar los campos quemados, hace perecer los rebaños y llorar los pastores.

La diosa de las Praderas pudo, un día, de las pajas más duras y toscas, hacer brotar lindos penachos plateados, con los cuales se adornó Pampa; y la diosa buena, viendo que le gustaban las flores, sembró otras. Pronto relucieron, tan lindas como modestas, las estrellas del macachin, las campanillas de la flor morada y el oro de la rama negra, y la púrpura de la verbena; y Pampa, encantada acabó por consentir en que su hermana le hiciera un vestido verde esmeralda, salpicado de flores; y despacio, ésta se lo vá tejiendo.





VI.

MOJONES.

El padre, parándose, enseñó al jóven, su hijo mayor, un poste de madera cuya punta era esculpida en forma de cabeza humana, y le dijo: «Mirá bien, hijo, este poste;» y mientras el muchacho, con la boca abierta, contemplaba la cabeza sin piernas, el padre le asestó una gran cachetada.

Esto pasaba en la campaña romana, unos cuántos siglos antes de Jesú-Cristo; y como el jóven miraba atónito al autor de sus días, éste, con gravedad, le explicó que aquella cachetada, la había recibido él, en su

mocedad, frente al mismo poste, y que se la daba para que, á su vez, cuando viniera el tiempo, la transmitiese á su hijo mayor, «para que no se olvide jamás, agregó, del sitio donde está el mojon, guardian de los límites de nuestra propiedad.»

El mojon era dios, en aquel tiempo, y la cachetada recibida por el jóven y transmitida de generación en generación, formaba parte del culto de esa deidad campestre.

Hay tambien mojones en la Pampa, pero allí, el dios Término, dios inmóvil y quieto, que no tiene piernas porqué no se debe mover nunca, se entretiene, para no aburrirse por demás, en azuzar disimuladamente discusiones entre los vecinos y en fomentar pleitos que arruinan las familias y hacen quedar estériles los campos que simula protejer.

Es para él una distracción y, al mismo tiempo, una venganza de que los hombres lo tengan hoy en tan poca estima.

¿Y como no esplicarse su rencor? Durante siglos enteros, no le pres-

taron culto alguno y hasta lo desconocieron completamente, andando de un lado para otro los hombres, sin consagrarle ni siquiera un poste.

Despues, cuando pensaron en restablecer sus altares, en vez de dedicarle graciosas imágenes, como hacían los Romanos antiguos, se contentaron con cavar agujeros en el suelo, amontonando algunos céspedes, pronto tapados unos y derribados los otros por los animales errantes. Si una mano piadosa colocaba en su honor algun poste de madera, en seguida algun pastor ignorante, estúpido ó criminal, lo arrancaba,—sacrílego,—para mantener el triste fuego de sus lares vagabundos.

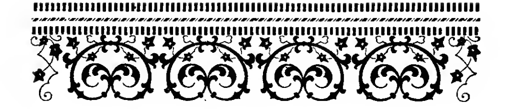
Hoy mismo, los que más lo quieren honrar, pagan para ello sacerdotes especiales, cuyo rito complicado consiste en colocar en línea recta banderitas y jalones que plantan y quitan, siguiendo, á pasos contados, el límite del campo por consagrar, y erijiendo al pobre dios miserables postes de madera sin figura, ó de fierro, que es

peor, y hasta rieles viejos que no tienen por cierto nada de hierático.

¿Y como traerían los padres á sus hijos á recibir delante de estos emblemas ridículos la cachetada sagrada?

Tampoco valdría la pena; ya que, con las leyes modernas, muerto el padre, la propiedad queda despedazada y que el dios inmóvil y quieto tiene que ser removido.





VII.

EL GENIO DE LOS CAÑADONES.

De cuerpo verdoso, medio vestido de plantas acuáticas, la barba y el pelo llenos de musgo, el Genio de los cañadones, dios de las aguas estancadas, domina en la llanura cuando la cubren las crecientes.

Pero es un dios sin templo, sin altares y sin adoradores, y cuando el Sol empieza á secar las tierras donde impuso su imperio fugaz y odiado, la humanidad aplaude.

Apenas han empezado á desbordar los ríos, arroyos y lagunas en las tierras pastosas, cuando llega trayendo

consigo su numeroso personal de geniecitos impertinentes que le ayudan á molestar á los habitantes de la Pampa.

Las aguas claras no les pertenecen, pero se apoderan de todos los pantanos, charcos y lodazales, ciénagos y fangales, donde se esconden, en las huellas antiguas de los carros ó entre las pajas, en alguna zanja vieja ó algun trocito de arroyo sin salida, en algun jahuel olvidado ó pozo mal tapado, y allí quedan en acecho.

Mojados y salpicados de barro, tiritan de frío, y en los ojos tristes de su cara negruzca, cuando por casualidad se quiere mirar el sol, se refleja todo sucio.

Sus pasatiempos son dignos de ellos y de su amo, pues, mientras él se entretiene en anegar poco á poco las praderas donde, tranquilos, vivían los rebaños, en criar ranas y mosquitos y ofrecer albergue á los patos en campos que eran la querencia de las yeguas y de las vacas, y en hacer sufrir al estanciero todas clases

de perjuicios, los geniecitos traviesos y dañinos esperan las ocasiones de reirse á expensas de los que pasan á su alcánce, bestias ó gente.

No son sirenas y no tienen á su disposición seductores cantos, pero tapan con agua estancada, bien tranquila, el pantano de barro blanco donde chapaleará el jinete incauto, con desesperación, y de donde saldrá arañando, pálido del riesgo corrido, de tener que bajarse en pleno fangal para aliviar al mancarron hundido; y los muy pícaros se desternillarán de risa silenciosa, mirándolo.

¡Y que lindo! cuando viene á tomar agua ahí una vaca con su tierna cría, y que el ternero queda empantanado, y se pasa las horas balando, sin poderse mover, y la madre contestándole, impotente. Esto sí, es para morirse de risa.

¿Y si se vuelca una volanta con familia y todo, mujeres, niños y canastas, en el barro? ¡ja! ja! ja! ja!

¡Callen! que viene un carro!

Silencio profundo; cada geniecito

se ha escondido donde pudo y espera, sin resollar, listo para ayudar á los compañeros en la gran obra.

Se acerca el carro; cargado está hasta el tope. El carrero detiene los caballos y deja que resuellen antes del gran esfuerzo.

«¡Firme!» dice, resoluto; y al momento en que entra el carro en el pantano, se cuelgan de las ruedas, de las patas de los caballos, de las colas, de las varas, de la punta del látigo, de los frenos, miles de geniecitos que, haciendo fuerza todos juntos, detienen el vehículo en el mismo medio del charco pegajoso... ¡Y las risas silenciosas!

El pobre carrero renegará, gastará latigazos, se arrancará el pelo, invocará á todos los dioses, los insultará, se bajará, se enojará, y cuando acabe de renegar y haya empuñado la pala para despejar la rueda, entónces los geniecitos, siempre riéndose, lo ayudarán, silenciosos siempre, á salir del mal paso.

Ya empezó á calentar el sol, y se secan los pantanos; y se fueron dis-

parando, los geniecitos traviesos y sucios, á juntarse con el amo, el Genio musgoso de los cañadones, que pronto, vaporoso gigante, desaparecerá en el horizonte, entre espejismos, ilusiones de la vista.





VIII.

LA QUERENCIA.

Aunque esté en ejercicio del poder, que cada año le dá, por unos meses, la constitución celestial, el Invierno triste; aunque por la maldita costumbre que tiene de apagar temprano la luz del sol y de prenderla tarde, paralice la vegetación hasta no dejar suficiente pasto para las haciendas, no ha podido hacer desaparecer del todo la gramilla del campo lejano, donde acaba de llegar la tropilla.

Sosegados por el cansancio y el hambre, los pobres animales comen el pastito tierno y verde que se ha

sabido conservar en vida, escondiéndose, prudente, detrás de las matas grandes de paja dura, y tan bién se llenan con él, tan lijero se reponen, que el amo, al verlos quietos, perdió la costumbre de manear de noche la yegua madrina, y dejó la tropilla gozar de libertad casi completa.

Pero llegó la primavera; y aunque la gramilla abunde más que nunca, se vé, por momentos, la yegua madrina mirar con la cabeza alzada, y como perdida en sueños, por el lado de donde ha venido, unos meses há.

Por cierto que la tropilla no se puede quejar de su suerte; la han mudado de campos algo pobres, á tierras extensas donde puede retozar á gusto, encontrando por todos lados gramilla, su pasto favorito, agua regular y reparo contra las intemperies: así mismo, al asomar la estación del renuevo, sienten los caballos, en sus pobres almitas de animales, que algo les falta, algo que los llama, allá, de donde los han traído.

Y sin embargo, no han dejado trás

de sí amores, que les son prohibidos; ni familia, que no la tienen; ni condiciones de extraordinario bienestar. Aquí, tiene la madrina á su hijo último y no falta padrillo que le haga la corte; todos quieren al amo que los trajo, y está él ahí con ellos.

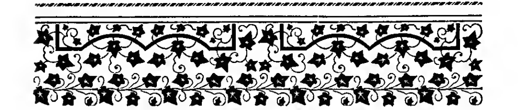
¿Qué es, entónces lo que anhelan? ¿Cuál será la fuerza misteriosa que, imperiosamente, les mandó, una noche, salir del campo donde los han creído habituados ya, y agarrar al trote largo, en línea recta, abreviando el camino, cortando campos que nunca han pisado, como guiados por impecable vaqueano; vadeando arroyos, evitando alambrados, sin pararse, sin mirar por atrás, para el pago que los ha visto nacer?

¿El invierno, allá, será menos rudo, el verano más suave, el agua más dulce, el pasto más tierno y más perfumado, el cielo más alegre, la pampa más verde?

Sí: pues no hay pampa más verde, cielo más alegre, pasto más tierno ni más perfumado, agua más dul-

ce, verano más suave, invierno menos áspero que los de la Querencia: la Querencia, donde uno ha nacido y se ha criado, bien sea en la abundancia, bien sea entre penurias; la Querencia que aminora hasta el mismo espanto de la muerte, cuando ha llegado la hora fatal.





IX.

LA SEQUÍA.

Despavorida, disparó la diosa de las Praderas, dejando caer su manto de flores, al ver, en los vapores rojizos del horizonte, diseñarse la descarnada cara llena de arrugas apergaminadas, los huesosos miembros y los senos enjutos de la horrible Sequía, hija de las deidades del fuego infernal, escapada de su prisión subterránea, con sus temibles vástagos, la Polvareda y las Quemazones, el Hambre y la Sed.

¡Oh terror! ¿en castigo de qué crímen habrán permitido los que

reinan en los cielos que tan cruel y devastadora plaga azote la Tierra?

Pampa se veló la faz y cerró los ojos, para no ver el desastre de su hermosura. A girones, con sus dedos de esqueleto, la Sequía arranca el vestido modesto que la cubre; le quita de las manos la cornucopia, y la entrega á su hija la Polvareda, para que la esconda y la tape.

Y se sienta perezosamente, en los dominios conquistados, contemplando con sus ojos tristes los juegos de la Polvareda y del Viento en la llanura desolada.

Van, vienen y corren los remolinos ágiles, que rozan apenas el suelo con su pié ligero, manchando el cielo gris, de su nubecilla amarillenta; desapareciendo, volviéndose á elevar, pequeños á veces y creciendo de repente; inmóviles un rato y súbitamente girando sobre sí, recorriendo como relámpagos toda la lomada; atrayendo consigo, en loca carrera, las flores secas de los cardos y

la paja voladora, que amontonan en los recovecos, hogueras apron-tadas para las venideras quema-zones.

El calor es intenso; el sol empa-ñado por la Polvareda gris y triste, ha quemado toda la vegetación que cubría el suelo, y quema ahora la tierra para que no vuelva á salir una hebra de pasto; y cuando, cada tar-de, desaparece, amenazador y rojo, deja en el corazón del pastor un in-vencible desconsuelo.

Los meses pasan; al verano si-guió el otoño; la Sequía allí que-da siempre. ¿No la vendrán á bus-car sus padres para volverla á en-cerrar?

El sol sigue con su implacable co-lor de sangre, y si ya sus rayos se han vuelto impotentes para quemar, acuden las heladas nocturnas á reem-plazarlos en esa tarea. El invierno despliega todo su rigor, y la Sequía empieza su abyecta cosecha de osa-mentas, volteadas,—lastimosos heca-

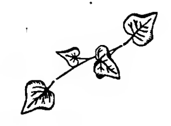
tombes,—por sus hijos mayores, el Hambre y la Sed. Queda sembrado el campo de cadáveres; y la Polvareda se divierte, ayudada por el Viento, en arrimar en ellos montoncitos de arena, hoy, de un lado, mañana, del otro.

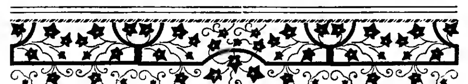
Los arroyos están en seco, y si, en alguna parte, surge todavía débilmente algún manantial empobrecido, se amontonan al rededor las haciendas flacas y sedientas, y se quedan ahí horas, esperando la muerte, único alivio de tantos males.

El viajero, en busca de otros campos, también se aproxima para beber y refrescar sus caballos extenuados por la travesía; al grito que pega para abrirse paso entre la hacienda, las vacas se mueven despacio, cruzándoseles las patas, ó se levantan penosamente y se vuelven á derrumbar.

¡Oh, Lluvia divina! madre de la Fertilidad, ¿Donde estás? ¿á donde te fuiste? vén, teniendo de la mano á la Primavera; vén á espantar á esta

odiosa, maldita Sequía; ¡mojála, ahogala á chaparrones, echala, perseguila! Devolvé á Pampa su vestido verde y tráete de vuelta á la diosa de las Praderas, coronada de flores nuevas.





X.

LA DIOSA ROJA.

Lo que á la Diosa Roja encanta, en su loca pasión para la sangre, no es que corra ésta por las venas de los séres, vital y preciosa fuente de actividad y de lucha, de odio y de amor; no: lo que quiere, ella, lo que, ansiosamente ávida, acecha y busca, es el gozo de contemplar su color hermoso, cuando, escapándose de los mil dédalos de su prisión, corre, bermeja, brillante, purpúrea, en borbollones espumosos, y se derrama en efluvios de tibia y repulsiva insipidez, al salir de las arterias, por las heridas del cutis cortado.

Pero no la puede verter ella, y tiene que acudir á los mismos séres vivientes, para que le brinden los medios de saciar su sed infame.

A los hombres primitivos les enseñó con este objeto, á aguzar piedras ó huesos de animales, espinas de pescados y ramas de árboles; pero entre los hombres de la Pampa pudo vulgarizar armas mas eficaces, traidas por ella sigilosamente, de los países lejanos donde se trabajan los metales, y los incitó á adoptar la costumbre de llevar cuchillo; no cuchillos pequeños, de estos que por descuido ó por torpeza, sólo pueden, con cortar alguna venita, avivar los deseos de la cruel, sino el cuchillo ancho, largo y cortador, de poca punta pero de filo feroz, que, sin esfuerzo, taja el cutis, perfora las vísceras, parte los corazones, desgarra las fibras, separa las carnes y abre camino fácil á la sangre prisionera.

Del infeliz que lo lleva, en la ilusión que es herramienta y no arma, la Diosa Roja, en su afán de ver derramado el sagrado tesoro de las

venas humanas, pronto hace su sacerdote enfurecido, con sólo aparecer á sus ojos turbados.

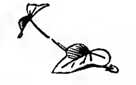
Amante de las reuniones numerosas de los hijos de la Pampa, se mezcla con ellos y flota, forma etérea, entre los vapores del alcohol, su precursor favorito.

Vá de grupo en grupo, llenando de reflejos colorados los ojos empañados por la embriaguez; los encandila, los enceguece; sugiere palabras hirientes, aviva la conversación más insulsa, alza el tono de las voces; vuelve sombrío el pensamiento, desvía la lengua, sobreexcita el ademán; y el hombre á quien elijió de sacrificador, se siente poco á poco vencido por la fuerza irresistible de su destino fatal; invadido, arrollado por el prúrito de matar, matar, matar.

Todo, al rededor de él, colorea: las cosas, los séres, el aire que respira; sus ideas, las palabras que pronuncia y las que oye, todo es color de sangre; pero no corre la sangre; y quiere, necesita que corra, tiene que ver derramada la sangre, la sangre.

Y con el cuchillo,— ¿quién sabe quién se lo habrá puesto en la mano?—le abre camino: corre, ahora, corre, se derrama, se extiende, bermeja, brillante, purpúrea, en borbollones espumosos, con densos efluvios de tibia y repulsiva insipidez; le cubre la mano, y del cuchillo todo colorado, gotea, gotea...

Al rato, percibe como un rozamiento de alas, como una risa sarcásticamente agradecida. Se vá disipando la nube colorada que lo rodeaba: ya se desvaneció la Diosa Roja. Y vuelve él á ver,—¡espanto!—las cosas, como son.





XI.

AGUAS CLARAS.

El Genio de los cañadones y sus acólitos bien quisieran, porsupuesto, manosear á su antojo todas las aguas de la Pampa, ensuciarlas, embarrarlas, y con ellas, salpicar al transeunte, molestar á los conductores de vehículos, arruinar al estanciero. Pero el Creador restrinjió el poder de este malvado á las aguas que, en castigo de la humanidad, derrama El en la tierra empapada, y no permite que su reinado sea de larga duración, ni que se apodere del pequeño sobrante de agua que, á veces, deja caer de la fuente celestial.

A cada arroyo, á cada lagunita de la Pampa, dió su guardián propio, graciosa ninfa etérea, á quien sólo puede adivinar y algunas veces, ver, el alma piadosa que en ella crea.

En las primeras horas de la mañana, sale de su glauca morada, envuelta en ténue vapor flotante; se eleva despacio hasta volverse, bajo los rayos del sol, tan diáfana que los mismos aguaciles, á pesar de sus grandes ojos curioseadores, no dan siempre con ella, cuando la vienen á avisar que se prepare á recibir la visita de su ama, la Lluvia.

Aunque sean todas hermanas, no son esas ninfas todas iguales. Unas por haber nacido primero, ó haber caído en gracia al supremo Dispensador de los puestos celestes, reinan en arroyos caudalosos que, de día y de noche, y en todo tiempo, les cantan canciones alegres, les murmuran palabras de amor ó les cuentan mil historias llenas de interés sobre lo que, al pasar, han ido viendo; otras tienen bajo su dominio verdaderos

lagos que resisten, valientes campeones, á la Sequía horrible, cuando se empeña en cambiar en playas áridas los dominios de las diosas acuáticas.

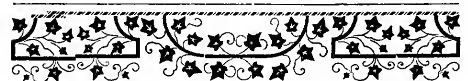
Y en las orillas de sus aguas azules y profundas, se dán cita con millares de pájaros de todos colores y de todas formas, el cisne majestuoso, el flamenco rosado, verdadera joya de la Pampa, y el deslumbrante mirasol, orgulloso de que sólo sus plumas sean dignas de engarzar el brillante.

Menos favorecidas, otras ninfas sólo reinan en pequeñas lagunitas; pero los reinos pequeños son más fáciles de gobernar, y nunca faltan algunas avecillas que vienen á saciar su sed minúscula en sus aguas, pagándoles el gasto con alegres trineos.

Las más desheredadas son las que tienen por todo haber, lagunas amargas y salitrosas; contemplan, éstas, con cierta envidia, sentadas en la tosca amarillenta del áspero lecho de sus despreciadas aguas, espumosas y verdes, á sus hermanas afortunadas.

Pero se consuelan con pensar que, sin hacer diferencias, lo mismo se reflejan en la lagunita como en el lago, en el agua salobre como en el agua dulce, el Sol, amoroso, y la Luna, cariñosa.





XII.

DIOSES DESVANECIDOS.

No siempre han sido los mismos de hoy, los dioses de la Pampa; pero terribles, horrendos, y enemigos de la Humanidad han de haber sido los dioses primitivos, á juzgar por los restos de los rebaños que protejían tan monstruosos que no permitían la presencia del hombre en la tierra.

Ni los mismos sabios pueden decir cuantos miles de años han reinado, ni como surgieron, ni como han desaparecido.

Sus luchas con los dioses actuales han de haber sido tremendas, pues han dejado la tierra convulsionada en muchas partes, y sólo habrán podido ser vencidos por algún Hércules ignoto, cuya historia no supo conservar la tradición.

Para el hombre creyente en la divinidad, no cabe duda que los pastores de estas estupendas haciendas y los amos de esas horrorosas fieras eran de esencia divina.

Pues, no sólo necesitaban un poder sobrehumano para dominarlas, sinó que tampoco han dejado en la tierra rastro de su existencia mortal.

Difícilmente puede el pastor pampeano mirar con alma serena, los esqueletos dejados en la tierra que hoy pisa, por los animales extraordinarios, de formas y tamaños inverosímiles, á los cuales gobernaban entónces esos dioses desvanecidos; y se le llena de gratitud el corazón para las deidades protectoras que han sabido desterrar de la llanura á semejantes mónstruos

y á sus pastores, seguramente más execrables aún.

Ni las más horribles apariciones de febríl insomnio darían una idea remota de lo que podían ser: pues, ¿qué imaginación habrá, bastante audáz para soñar jamás con un rodeo de esos megatheriums, al lado de los cuales los elefantes de hoy serían hacienda despreciable por su pequeñez?

Inmensos rebaños de mastodontes y de milodontes pacían, enormes, pesados y lerdos, entre los gigantescos helechos de la llanura, alzando en cada bocado una prodigiosa cantidad de pasto, víctimas, á menudo, de la ferocidad del smilodon, el tigre gigante que repartía con un oso de igual tamaño y de igual ferocidad, sus despojos.

Cubiertos de corazas indestructibles, pues han resistido durante miles de años las que todavía se encuentran, los gliptodontes, esos peludos de entonces, cavaban con sus uñas enormes, cuevas en las cuales en vez

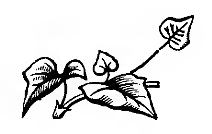
de quebrarse un pié, el caballo de hoy hubiera desaparecido entero con jinete y todo.

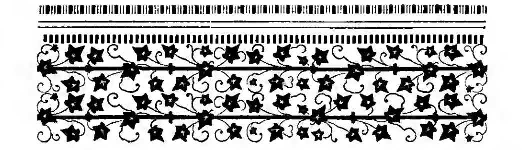
Y si apareciera hoy en la Pampa uno solo de los zorros, de los hurones ó de las comadrejas que, en aquellos tiempos remotos, cazaban cuises y pájaros mayores que las ovejas que cuida el hombre, el pánico sería tal que haría disparar hasta el Océano ó las Cordilleras, pastores y rebaños.

¿Quien resistiría sin temblar, el aspecto del formidable foróracos, ave de rapiña del tamaño de dos de los caballos actuales, si lo vieran elevarse en los aires, llevando entre sus garras un lagarto dinosauro de veinte metros de largo, tapando con sus alas el sol, y con ellas, removiendo el aire en fragor de tempestad, mientras, despavoridos, huyeran y desaparecieran, hundiéndose en los profundos fangales, réptiles sin nombre, de repugnante enormidad, en hervidero pavoroso?

Salgan, pacíficos pastores, de sus

grutas, de sus escondrijos; pues se fueron para siempre los monstruosos rebaños y sus guardianes monstruosos, dioses desvanecidos de la Pampa.





XIII.

DIOSES PROTECTORES.

Desaparecidos de la Pampa los mónstruos primitivos y sus nefandos guardianes; mezcladas en la tierra, para enseñanza de los siglos venideros, sus últimas osamentas, con las primeras de los animales útiles al Hombre, las deidades campestres, protectoras de los rebaños, se esparcieron por las soledades y las empezaron á poblar.

Pero la tarea que parecía fácil á estos dioses,—seguramente oriundos de Grecia, aunque ni las más remotas leyendas expliquen su inmigra-

ción, ni que los hombres erúditos hayan podido hacer más que hipótesis al respecto,—les resultó lo más árdua. Acostumbrados al clima primaveral de sus campiñas nativas, á la poética mansedumbre de sus habitantes dedicados á hacer correr en ánforas fabricadas por ellos mismos y bellamente adornadas de artísticas pinturas, la espumosa leche de sus ovejas, á recoger la miel de las abejas del Himeto, á prensar las uvas hinchadas en las cubas rebosantes, á sacar del árbol favorito de Minerva el untuoso aceite, á encerrar en sus graneros las doradas mieses, acompañando todos sus trabajos con himnos y bailes sagrados, y celebrando con alegre fervor su agradecimiento por la generosidad inagotable de sus dioses, sorprendidos, chocaron estos, en la soledad pampeana, con hombres insumisos, errantes, belicosos y brutales, sin arte ni poesía, groseros y sin disciplina.

No por esto se desanimaron; con paciencia divina, poco á poco les su-

girieron la idea que los animales de rebaño no eran animales de caza; les hicieron comprender que más fácil era cuidarlos juntos y tenerlos bien seguros que irlos persiguiendo por los campos, para sacar de ellos, con mucho trabajo y grandes peligros, producto precario é insuficiente.

Pocos fueron, al principio, los que consintieron en renunciar á su modo salvaje de vivir; pues para ellos, un toro flaco y arisco, robado con las armas en la mano, era de más sabor que cien vacas domesticadas. Hacían alarde de desdeñar á los dioses protectores de los rebaños, y de ser, ellos solos, dueños por la fuerza de los animales domésticos, pacientemente criados por los que obedecían á las inspiraciones divinas.

Pero estos mismos que, aprovechando de su fiereza nativa, sólo los dones de valor y de sufrimiento á ella inherentes, habían logrado asegurarse vida relativamente fácil y holgada, con domesticar, mejorar y aumentar sus rebaños, empezaron á

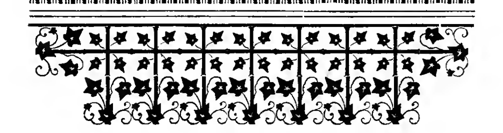
juntarse contra los rebeldes que trataban de inutilizar sus nobles ezfuerzos. Protegidos por sus dioses, los destruyeron ó los sometieron, y los obligaron por las armas á ayudarles en sus trabajos campestres.

Y en la Edad moderna, si bien vagan por la llanura algunos matreros todavía refractarios al culto de los dioses protectores de los rebaños, van, poco á poco, desapareciendo y dejando en la tierra, mezclados con los de las nuevas generaciones, para enseñanza de los siglos venideros, sus huesos, últimos rastros de la existencia de su raza inferior y condenada.

Los dioses, mientras tanto, siguen su tarea y enseñan sin cesar á los habitantes de la Pampa, hoy dóciles y sumisos, que los rebaños siempre se deben mejorar; que para hacerse la vida más llevadera, el Hombre debe pedir á la Tierra, su madre santa, las mieses doradas, el vino bermejo, el untuoso aceite, la dulce miel, y la seda lustrosa, y la fina ropa de li-

no, y las frutas sabrosas, y la madera abundante; y que de los bienes de la Tierra conseguidos por el trabajo, nace el bienestar, y del bienestar, el amor á las artes que embellecen la vida.





XIV.

DIOSES MALVADOS.

Del éxito nace la envidia; el impotente para crear goza en la destrucción. Así del éxito conseguido en sus dominios de la Pampa por Pan y los dioses protectores de los rebaños, nació la envidia de sus congéneres: los dioses Malvados. Y se empeñaron éstos y se siguen empeñando en contrarrestar en mil modos los beneficios prodigados al Hombre por los primeros.

Mientras los rebaños abandonados á sí mismos, produjeron poco, los dejaron en paz; pero cuando ya vie-

ron que aumentaban y brindaban al Hombre agradecido los mil favores que los dioses protectores le habían prometido, empezaron ellos, con razón, á temer que aquel no retribuyese más culto que á los que por sus divinas inspiraciones, lo iban haciendo feliz.

Y dando curso á su fecunda imaginación, inventaron ingeniosas molestias, fastidiosas, exasperantes y perjudiciales que desalentaran al pastor. Llamaron á su ayuda á los mosquitos que arrean lejos de la querencia á las manadas; á los jejenes, que enloqueciendo las majadas, se las llevan, durante la siesta, en lento remolino, hasta hacerlas mixturar con otras; á los tábanos que tienen rodeadas las haciendas, sin dejarlas salir á comer.

Aprovechando los descuidos del pastor, la soledad, la extensión de la llanura y la tupidez de los pajonales, desatan los cencerros del pezcuezo de los animales madrinos y facilitan el extravío de puntas de ovejas que nunca se vuelven á ver, y

de tropillas que para siempre desaparecen.

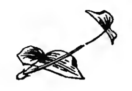
También introducen en rebaños refinados, reproductores de baja extracción que dejan burlado, para un tiempo, el esmero del criador en refinar sus haciendas.

Inundan la tierra, con sólo abrir, en un descuido del aguatero celestial, la llave del depósito, ó poner sigilosamente en libertad á la Sequía y á sus horribles hijos el Hambre y la Sed. Hacen que el fumador, al galopar, inconsciente, entre montones de paja voladora, deje caer el fósforo prendido, produciendo quemazones.

Ellos son que por medio de séres impalpables, cuya existencia durante mucho tiempo no pudo sospechar el Hombre, en su ignorancia, desparramaron la muerte en los rebaños; hasta que el semi-dios Pasteur, mandado á la Tierra por los dioses protectores, hizo conocer los efectos y las causas, revelando á sus discípulos, antes de volver á las regiones etéreas, los medios de combatir las plagas mortíferas.

También han creado los dioses malvados para sus fines destructores, la sarna que roe la lana y carcome la oveja, y la terrible langosta que no deja pasto donde pasa.

Algo peor han hecho, en su afán malévolo: han inventado ciertos parásitos—que no son insectos,—á los cuales el hacendado, para hacérselos propicios, tiene que pagar el tributo que exigen su corrupción y su avidez.





XV.

GOBIERNO CELESTIAL.

Lo mismo en la Pampa como en las demás partes de la tierra, cuatro son los delegados del Poder Ejecutivo celestial, que se reparten, durante el año, la tarea de regentear los fenómenos de la vida vegetal y animal.

Pero cada uno de ellos entiende sus deberes á su modo, y como el que entra encuentra siempre mal lo que ha hecho el antecesor, no quedaría nada en pié, si el Creador, con su mano poderosa y su buen sentido, no enderezase las cosas, corrigiendo los disparates, á veces tremendos,

que cometen sus delegados, y haciéndoles acordar á éstos que, segun la ley eterna, deben desempeñar su papel por turno, en ciertos límites, y con atribuciones fijas.

La Primavera, por ejemplo, jóven y elegante, tiene órden de engalanar la llanura y de prodigarla las flores y los brotos nuevos, debe mantener en la tierra, aumentándolo paulatinamente, un calor suave durante el día, y tratar de que las noches sean sólo frescas, para favorecer hasta la exuberancia, la vitalidad de los séres, á los cuales inspirará las inefables ideas de amor, que aseguran la perpetuación de las especies.

Tiene para ello, que esparcir en la atmósfera perfumes embriagadores y poéticos gorjeos de aves, en suave abaniqueo de céfiros.

Pero á la Primavera le falta tino y le sobra presunción; y en su caprichosa inexperiencia, tan peculiar atributo de la juventud como la gracia seductora, comete cada locura capaz de comprometer sin remedio, la obra divina.

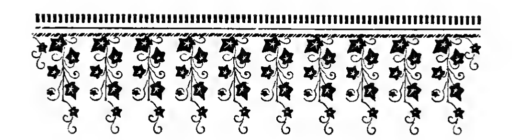
¡Cuántas veces le ha retado el amo, por haberse descuidado con el Sol! Este, si no lo vigilan, voltea la pantalla y con las mil bombillas de sus rayos, se chupa todos los vapores del suelo.

La Primavera, ya que lo vé, ligero, lo tapa con nubes, creyendo así componer las cosas, y para refrescar la atmósfera, abre de par en par la puerta á los vientos, que no quieren otra cosa y salen bailando, tirando piedras á las mieses y agua fría á las ovejas esquiladas; ó bien pide prestada al Invierno alguna helada que le haya quedado sin gastar, y todo lo refresca tan bien que destruye los gérmenes, aniquilando las esperanzas del labrador.

El Verano, que toma su lugar, algo más entrado en años, pero con todo el vigor que dá la ambición, exacerba las fuerzas vitales, voltea por inútiles, las flores marchitas, y para preparar la madurez de todas las frutas y la realización de todas las promesas de la Naturaleza, calienta asiduamente la Tierra, de día y

de noche, endureciendo los gérmenes y dándoles la fuerza necesaria para cambiarse en fruta perfecta. Algunas veces se le vá la mano, y todo entonces, en vez de madurar, se marchita y muere; y rezonga, con mucha razón, al tomar el cargo, el Otoño, funcionario sério, formal y reposado, cuya misión es vijilar la formación definitiva y la maduración de los frutos de la Tierra.

Acabada su misión, cederá éste la poltrona al Invierno, viejo achacoso y mal humorado, poco afecto á mejoras, de que sabe que no alcanzará á gozar, y que sólo deja descansar y dormir la Tierra, sin preocuparse de lo que, por este sueño fatal, sufran los séres vivientes. Como si creyera, viejo tonto, que con él todo se debe acabar; como si de la muerte no naciera la vida; como si de los pliegues de su capa, no tuviera que salir otra vez la Primavera victoriosa, jóven, loca, sin tino, caprichosa, pero eternamente llena de gracia seductora y de savia vital.



XVI.

JUSTICIA CRIOLLA.

Con muchas otras deidades que emigraban á la Pampa, tambien se debía embarcar Temis, con su espada y su balanza. Pero cuentan que no pudo venir; y no se sabe si es que mandó en su lugar á la que hoy reina en las campañas pampeanas, con el nombre de Justicia, ó si se vino ésta por engaño, asegurando que entendía del oficio, ó si—lo que parece más probable,—ha sido producto genuino del suelo americano.

Lo cierto es que se portó tan mal que pronto, todos, y hasta sus mis-

mos compañeros olimpianos, bien indulgentes, por cierto, vieron que nada tenía de la gran semi-diosa, nodriza de Apolo, y que ni hija, ni siquiera entenada podía ser de ella.

Usaba pesas más falsas que las del último bolichero y sólo para los débiles era temible su espada.

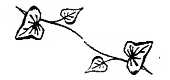
Interpretando siempre las leyes á favor del poderoso, se tapaba los oídos para no dejarse engañar—decía, —por el derecho y la razón.

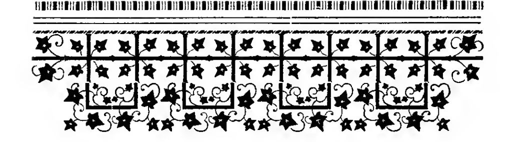
Lo peor era que se dejaba manejar por los que con el título de defensores del derecho, se hacían los intermediarios de los tráficos más viles. Y cuando no podían estos entenderse entre sí para despedazar á las partes y repartirse los despojos, acudían á la Diosa, quien, gustosa, les alquilaba sus armas y su prestijio.

Tanto que, un día, el pueblo pidió al Creador que diese una visita por allí y limpiase la Pampa y sus pueblos de la tiranía de esa falsa Justicia que todo lo destrozaba y arruinaba, dejando impune al criminal, y castigando á las víctimas, despojando

á la viuda y al huérfano para enriquecer al ave negra mansa, su favorita, sembrando el odio á las leyes, en vez de hacerlas respetar y querer; devorando á los que venían, confiados, á implorarla.

Aseguran que hasta el dios de los dioses llegó la queja de los pobres. Dicen que echó una ojeada en los pueblos de la Pampa y quedó estupefacto al ver la clase de diosa que llamaban allá Justicia Criolla. Juró que jamás había sido mandada por él, y, armándose de una escoba,...nombró una comisión.





XVII.

SÁTIROS.

El hijo de Cipris, con su carita rosada y perversa, su cuerpo gentil, sus alitas delicadas de angelito y su sonrisa tan apetitosa de querubín pícaro, nunca pensó siquiera en desperdiciar sus flechas en ninguno de los corazones rústicos que pueblan las miserables chozas de la Pampa, ni quiso reivindicar como suyo ese dominio áspero y rudo, donde los cantos de amor no son más que gruñidos de deseo.

Pero, si la primavera ahí, es corta; si el viento en la llanura, esparce

violentamente los gérmenes, en vez de depositarlos con suavidad en el seno de las flores, no por esto dejan de flotar en ella efluvios amorosos, lo mismo que en los bosquecillos más floridos de esas campiñas descriptas por los poetas, tan bellas que parecen sueño; y de lo que desdeñó Cúpido, se apoderaron los Sátiros, dioses atrevidos del procreo brutal.

Atropelladores sin vergüenza, recorren la Pampa, ligeros en sus piés de cabra; se mezclan con los rebaños, y por donde han pasado, surge el prúrito bestial.

Los toros en el rodeo, escarban con furor el suelo, hacen volar la tierra y balan desesperadamente. En los corrales, suenan las topadas de los carneros y no hay padrillo que no relinche en las manadas por donde cruzaron los Sátiros.

Y por toda la Pampa, bien dormida y bien comida, ociosa y perezosa, reina el único afan de procrear, de engendrar, de multiplicar, para poblar pronto ese desierto fértil.

Pero no existen bosques donde

puedan esconderse estos dioses silvestres de la fecundación; donde se puedan juntar para contarse sus proezas, sin correr el peligro de ser sorprendidos por los mortales.

Y tienen que acudir á disfraces para no quedar expuestos, en los pajonales, á los intemperies, y para conseguir en las habitaciones humanas hospitalidades que, á menudo, facilitan su misión.

¿Quién entonces los conocería, sin estar en el secreto de los dioses?

De chiripá amplio, los cuernitos encerrados en el sombrero gacho, de pié muy pequeño, como que es de cabra, en bota fina y de taco alto, el Sátiro, hecho todo un gaucho, se presenta tan bien que nadie podría pensar en rechazarlo.

Y sin embargo ¡qué poca confianza deberían inspirar á la dueña de casa los labios rojos que relumbran como sangre, entre la espesa barba renegrida, dejando ver en cruel y sarcástica sonrisa, los dientes blancos y amenazadores, mientras que

en los ojos irónicamente relucientes traslucen el invencible deseo!

¡Cuidado! ¡cuidado! ¡jóvenes y viejas! Para semejantes sembradores, toda tierra es buena; ni hay carne cansada para tamaños apetitos.





XVIII.

SILVANOS Y FAUNOS.

Juiciosos hermanos de los Sátiros locos, los Faunos recibieron del rey de los dioses la misión de proteger los rebaños esparcidos por la Pampa, y los Silvanos, los montes de la misma.

Estos, ya que les mandaba el amo, vinieron; pero pronto pensaron que debía ser un error de él, el haber creído que existieran montes en la Pampa, y durante mucho tiempo, se lo pasaron lo mismo que los humanos, tiritando de frío ó quemados por el sol, al ilusorio reparo de las pajas.

Los Faunos también, por el mismo motivo, se encontraban mal, acostumbrados como lo eran, en las campiñas fértiles de donde son oriundos, á retirarse con los rebaños en los montes, durante la noche y durante las horas de la siesta, y á juntarse allí con sus hermanos, á platicar alegremente, á la sombra y al reparo, ó á estudiar, tratando de imitarlos en flautas rústicas, el gorjeo y el silvido de las avecillas.

Estaban los Silvanos á punto de renunciar, desdeñosos de un puesto que creían inútil á la par que poco agradable, cuando uno de ellos, vistiéndose de vasco y armándose de una pala, se hizo aceptar en la morada de uno de los pobres habitantes de esa tierra, tan desheredada al parecer, pidiéndole licencia para plantar en hileras algunas estacas de madera.

Riéndose, el gaucho se lo permitió, con esa indulgencia que siempre se debe á los locos inofensivos, y hasta le ofreció—irónico—pagarle un

centavo por cada estaca que á los dos años, tuviera hojas.

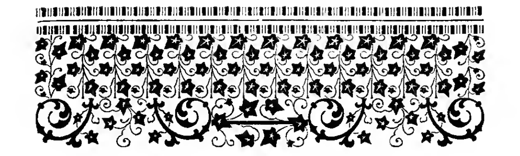
Y el Silvano plantó álamos y sauces,—pues otra cosa no tenía,—todo lo que pudo, y dicen que el gaucho, admirado y asustado á la vez, no se reía cuando le tocó cumplir su imprudente promesa.

Pero tuvo su compensación; pues los Faunos, agradecidos, protejieron sus rebaños tan bien, que se multiplicaron y prosperaron de modo inaudito.

Del frondoso monte que así adornó su campo, se elevaban al cielo los cantos de alegría de millares de pájaros, de colores hermosos; la sombra espesa en verano, protegía sus rebaños contra los ardores del sol, y con la madera de los árboles pudo hacer para ellos abrigo contra las intemperies del invierno. En las noches de helada, al volver de sus rudas tareas en el campo, pudo prender en el hogar familiar esas alegres fogatas de ramas secas que regocijan el corazón al calentar el cuerpo, y conoció por fin, en vez del horror

de dormir, sudoroso, su inquieta siesta, llena de pesadillas, entre las cuatro paredes cocidas por el sol, de su rancho miserable, el gozo de descansar á la fresca sombra de los árboles, en espeso lecho de hojas secas, mirando al cielo entre las ramas meneadas por suaves auras, escuchando con el alma los mil murmullos de la naturaleza.





XIX.

SOLEDAD.

Cuando, perseguida sin cesar por el aumento siempre creciente de la población humana en el Viejo mundo, la Diosa Soledad tuvo que abandonar, uno tras otro, todos los retiros en los cuales había buscado refugio, emigró á la Pampa.

Esta le pareció lugar apropiado para que erijiesen altares los que le dedican culto.

Pero el reino de la Soledad pampeana es muy diferente del de la soledad de los lugares agrestes selváticos ó montañosos.

El mortal huraño que, huyendo de la sociedad de sus semejantes, establece su rancho solitario en la falda de alguna loma ó en algun pequeño doblez de la llanura, al divisar en lontananza y sin obstáculo, todo el horizonte despoblado, se siente tan solo como el que más se encierra en la espesura de la selva, ó en grutas inaccesibles; pero no comparte los pensamientos del ermitaño de la selva ó de la montaña, que se esconde y desaparece al menor ruído, como la lechuza, al primer rayo de luz.

La diosa Soledad no inspira en la Pampa, á sus adoradores, estas tímidas ideas de retiro encerrado, estéril y egoista; precario tambien, pues cualquiera puede violar, por casualidad ó por osadía, semejantes escondrijos; en la Pampa, no puede haber sorpresa.

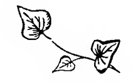
Al contemplar, al rededor suyo, de pié al lado de su corcel guapo, el espacio inmenso que lo rodea, el solitario pampeano, penetrado de indomable espíritu de independencia, com-

prende que no necesita esconderse, ya que siempre le cabe interponer entre él y toda sociedad importuna, las distancias que pueda medir el galope de su caballo.

Tampoco puede la Soledad, en la llanura fecunda, ser la misma que, fúnebre, pesa en el desierto estéril. El silencio que rodea á la Soledad pampeana no es silencio de sepulcro, hecho, como lo es, de mil ruidos de vida misteriosa; y si tambien duerme, no es del sueño de la muerte, pues sólo espera que la despierte el alegre fragor del trabajo humano.

¡Soledad! suplicio lento y mortal de las almas vanas; intenso gozo de las que se bastan á sí mismas; indulgente amparo de los orgullos heridos y de las ambiciones fracasadas; hermana compasiva de los corazones ansiosos de disimular á la curiosidad cruel de los indiferentes un dolor profundo; protectora discreta de la felicidad asustadiza; complaciente amiga del pensador, inspiradora sin rival de sublimes obras, ¿como quitarías,

ó Diosa propicia, al que se aisla en los grandes horizontes y los vastos espacios de la Pampa fértil, el sagrado instinto de la solidaridad humana, que exige que los fecunde su esfuerzo, en aras del bien común?





XX.

TERTULIA DE ESTRELLAS.

Misteriosas compañeras de Febe, las estrellas innumerables alumbran la morada celeste de los dioses, y por lo poco que de su luz ven los mortales, no pueden tener de su verdadero esplendor, sino la misma idea vaga que de una fiesta regia puede tener el pobre transeunte, al percibir desde lejos, filtraciones luminosas y melodiosos ecos.

Por esto es que algunos hombres ambiciosos han trabajado siempre por erigirse en sacerdotes de las lejanas deidades, tratando de imponer

á la humanidad, como artículos de fé, todas las mentiras que han inventado respecto á ellas.

Han construido instrumentos terroríficos, con los cuales aseguran que pueden espiar los movimientos de las divinas lámparas, llegando, dicen, por cálculos complicados, á saber, minuto por minuto, todo lo que hacen y á donde van, durante el día. Desde muchos siglos y en todos los países del orbe, ha habido sacerdotes embusteros, cuya pretendida ciencia de los astros ha sido, al fin, siempre desmentida, quedando el hombre cada vez más desengañado.

De cualquier modo que sea, los favoritos de las estrellas nunca han sido los sabios ó los que se dan por tales, y, si bastasen palabras mágicas para decidirlas á bajar del Cielo, más bien lo harían á la voz del humilde gaucho, cuando cruza la llanura, arreando la balante tropa de hacienda en derechura al punto que como guías infalibles, le han indicado, y cantándoles sus lindas décimas.

El astrónomo asegura, y puede ser

que sea cierto, que hay otras estrellas en otros países; ¿que le puede importar esto al pastor pampeano? más lindas no pueden ser, ni más numerosas, que las que salpican, en las noches claras, el inmenso manto azul, maravillosa bóveda de la llanura argentina.

Mirar las estrellas, una por una, en un anteojo, ¡pero, es blasfemar! Sin duda, cada una de ellas es admirable joya, pero los dioses han querido que el hombre las pueda contemplar todas juntas, para que se penetre mejor de su generosa magnificencia. Se las ha dado para que goce de ellas y de su luz misteriosa, sin atreverse á escudriñar sus secretos divinos.

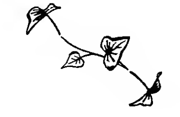
Puede ser que sean la morada de las almas que han dejado la tierra; puede ser que sean mundos llenos de vida; ó bien mundos en formación, destinados á reemplazar á los que desaparezcan. ¡Misterio! Lo único cierto es que son inagotable fuente de poéticos ensueños para el alma sencilla del pastor, y que el gaucho, tendido entre las pajas, en su reca-

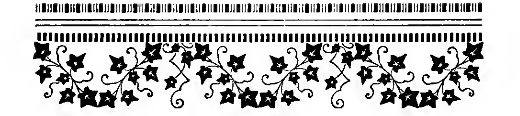
do, las mira con amor, porque son de él, y con admiración porque son bellas, agradecido por su fidelidad inquebrantable al guiarlo por la Pampa desierta.

Y saluda, respetuoso, al Crucero que el Creador mandó fijar en la bóveda celeste, para indicar al semidios Colón el camino del mundo nuevo; se sonrie al ver á las Tres Marías, brillantes y coquetas mozas que, prendidas del brazo, obligan á bajar de la vereda á los Tres Reyes, intimidados y medio pálidos; en vano trata de contar las Cabrillas; dice que son siete, pero confiesa que pueden ser setenta ó quizás siete mil: y siente que las Manchas del Sur ensucien así la Vía Láctea, fijándose también si la Plancha tiene, ese día, la punta hacia abajo ó la punta hacia arriba.

Y se duerme, soñando con mundos desconocidos, hasta que el Lucero enorme, asomándose detrás de los Andes, con su traje por demás relumbroso, llegue por fin á la tertulia y le ponga término, egoísta, eclipsando á las compañeras.

Se despierta entónces el gaucho argentino; se levanta, se sacude, y mientras ensilla su caballo, los primeros albores del día le hacen ver cuán más hermoso y más poderoso que la Estrella orgullosa es el Sol de Mayo.





XXI.

LARES Y PENATES.

La estancia extiende sus campos ricos y pastosos al rededor de la morada señorial. Jardines alfombrados de flores, montes de frutas exquisitas, parques de grandes árboles y de verdes praderas, rodean la casa altanera, quebrando con sus paisajes artificiales la monotonía pampeana.

Del piso bajo hasta el último, de donde se domina, sin poder alcanzar á ver su límite, los potreros alambrados, poblados de haciendas de gran precio, el edificio está adornado de muebles ricamente tallados, de alfom-

bras lujosas, de cortinados espléndidos.

En una piecita algo obscura, retirada, modesta, sin adornos de lujo ni muebles modernos, está arrodillada una matrona venerable. Reza, contemplando una estatuita de yeso mal pintado, pequeño ídolo de fabricación tosca, colocada en una vidriera esculpida, y delante la cual se consume lentamente el cirio sagrado.

Encima del mismo mueble, están algunos objetos de forma antiguada ó fuera de uso, conservados en primoroso estado de limpieza por la misma anciana, quién, una vez acabadas sus preces, los friega devotamente, como accesorios sagrados de algún culto misterioso: un mate sencillo con su bombilla de plata; un cuchillo de hoja mellada y de cabo macizo, forjado por algun platero español de antaño, y una papelera de cuero, bastante deshecha por un largo uso. En la pared, rodeado de ejemplares primitivos del entónces naciente arte de la fotografía, representando los reproductores fundado-

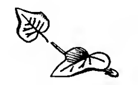
res de la hoy afamada cabaña, está colgado un lazo trenzado, con un par de grandes espuelas y otros aperos del trabajo del hacendado, que de herramientas, se han vuelto reliquias; en una mesita descansa un cráneo de potro, liso y lustroso todavía, y, en el sitio de honor, dominando al diocesito de yeso pintado, están, á cada lado de una litografía ingenua, recuerdo de algún episodio de la conquista del desierto sobre los Indios, dos retratos á medio borrar, amarillentos y vetustos. Uno es el del fundador de la familia, finado esposo de la matrona; el otro, el de un hombre bueno á quien ha debido aquel, en parte, su fortuna.

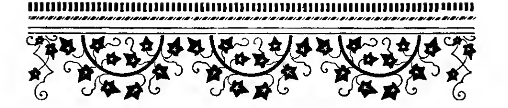
Y todos estos objetos, esos humildes muebles, esas imágenes deformadas, son los dioses Lares de la regia morada.

No siempre ha tenido penates el que fué dueño del inmenso campo poblado hoy de refinadas haciendas. Se necesita un hogar, por humilde que sea, para alojar á esos dioses,

protectores de la familia, un hogar fijo: y no siempre lo tuvo.

Pero, á la carpa primitiva, al toldo que hoy se planta aquí, y mañana allá, sin adornos y sin muebles, sucedió el humilde rancho, cuna de la familia futura, y los Penates y los Lares, dioses domésticos ya se asentaron en él. Y fueron, é irán aumentando en número y en valor; y nunca ha decaído ni decaerá jamás la devoción á los primitivos Lares que, juntos con el pequeño ídolo de yeso pintado, han protejido al pobre rancho, cuna de la familia poderosa, y siguen protegiendo la suntuosa morada ricamente amueblada y rodeada de jardines y de campos extensos, poblados de haciendas de gran precio.





XXII.

REGALOS DIVINOS.

Numerosos grupos de hacienda vacuna ya cubrían la Pampa, cuando Pan, dios de los pastores, visitó por primera vez estos sus nuevos dominios.

Pidió hospitalidad á sus protegidos y se asombró al ver tanta miseria al lado de tanta riqueza, y que casi reinaba el hambre en medio de la abundancia.

Es que el hombre, salvaje aun, carecía de medios para domesticar estos animales, ébrios de libertad recuperada, y no sacaba más de ellos que

el mezquino provecho que le podían dar sus primitivos ardides de caza.

Desnudo, bajo la piel de un ternero cuyo balido imitaba con una perfección que sólo le podía envidiar el zorro, despacio, gateando, se aproximaba el Indio á la vaca alzada y enderezándose como resorte de acero, le hundía en el corazón un hueso largo, afilado en punta.

O bien, cerca de la laguna, en el lugar preferido de las haciendas para tomar agua, á la oración, el hombre, con herramientas primitivas de hueso ó de madera, ó sino con las uñas, cava, activo y paciente un pozo; lo tapa con brusquillas hábilmente acomodadas y cubiertas con pastos elejidos, desparrama la tierra removida, y espera que algun animal incauto se deje caer en él.

Otras veces, escondido entre el pajonal, con flecha segura, hiere al toro más cercano; pero no siempre lo puede matar, y el animal huye con bramidos de furor, sacudiéndose de tal modo que por la llanura des-

parrama espantados á todos sus compañeros.

Y Pan, conmovido por la vanidad de tanto esfuerzo humano falto de la ayuda divina, enseñó al cazador pampeano á cortar el Lazo en el cuero de los animales, y á fabricar con piedras y cuero las irresistibles Boleadoras que, con su brutal entrevero, paralizan al avestruz en las furiosas sacudidas de su tranco que casi vuela, y sujetan al bagual en su más loca carrera.

Con sus armas nuevas, el habitante de la Pampa pronto pudo establecer su imperio pacífico sobre los animales y en vez de destruirlos por matanzas sin medida, aprendió el oficio de pastor, aplicando al cuidado y á la mejora de las haciendas su ingeniosidad de cazador, aguzada por siglos de vida silvestre, y esta paciencia casi sobrehumana, prenda del que espera la vida del continuo acecho.

No faltan hombres sin religión que simulan creer que el Lazo y las Bo-

leadoras son de invención humana. Fácil es conocer, en los trabajos del rodeo, á esos hombres impíos, por las mil chambonadas que se divierte Pan, el más chusco de los dioses, en hacerles cometer.





XXIII.

EL CABALLO.

Y cuando el pastor pampeano tuvo el Lazo y las Boleadoras, pronto se apoderó del caballo; probó su carne, y le gustó á la par, sino más que la de la vaca. Pan entonces para completar su obra, le hizo entender que de este animal podía sacar otros servicios, aprovechando su ligereza, y que sólo dominándolo, sería el verdadero rey de la Pampa.

Pero á Pan le gusta divertirse, y no le indicó los medios para lograr ese fin.

El Indio era ligero para correr; pero comprendió que otra cosa que

andar á pié tenía que ser el recorrer la llanura, montado en el caballo, y entabló con él una larga lucha de astucia, de violencia y de paciencia.

Teniéndolo bien asegurado, creyó que cosa fácil sería tenerse sentado en él; y saltando encima, se abrazó con toda su fuerza del pescuezo del animal. Loco de terror, á la vez que enfurecido, éste pataleó, se abalanzó, corcoveó, se echó atrás y se revolcó en el suelo, tratando de aplastar al que quería ser su amo.

A golpes lo emprendió este con él, entonces; y fué peor; á coces y mordiscones se defendió el animal indomable.

Y comprendió el hombre que más hacía la paciencia que la fuerza; lo acarició en vez de pegarle, lo acostumbró á verlo á su lado sin asustarse; á dejarse tocar; y cuando le pareció suficientemente preparado, volvió á saltarle en el lomo.

El caballo ahora temblaba, pero quieto se quedaba; tan quieto que el hombre no tenía necesidad de tener-

se abrazado del pescuezo, pues ni siquiera se movía.

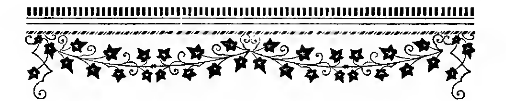
Los ojitos maliciosos de Pan y su boca burlona sonreían en silencio.

Confiado, se atrevió el ginete á sacudir al bagual un chirlo; y el bagual salió disparando con el hombre pegado en él, abrazado, sin resuello y con los ojos cerrados y los labios apretados.

Pan seguía sonriendo, y cuando el hombre, á la vez embriagado por la carrera vertiginosa y desconsolado de que fuera sin rumbo, se deslizó del bagual y volvió á pié, Pan le sugerió la idea de meterle en la boca, al caballo, un bocado de cuero, que atado con riendas, serviría para sujetarlo y manejarlo.

Dicen que el hombre entonces se prosternó á los piés de Pan, conociendo que era dios.





XXIV.

CONCEJO DE DIOSES.

Al ver la Pampa llenarse de dioses, el Creador juzgó necesario reunirlos en asamblea para conocerlos él á todos, hacer que se conociesen entre sí, y dictar una orden general que les sirviera de constitución.

Elijió para juntarlos, el olímpico sitio de las sierras del Tandil, á la hora en que, para guarecerse del frío matutino, se envuelven en la ténue gasa de los vapores que suben de la llanura. Un fauno quiso, para probar sus fuerzas y hacerse el gracioso, voltear la piedra movediza, y lo hubiera conseguido, si Pan, que venía

detrás de él, no le dá una palmada tan seca, que las majadas que dormían en el valle, se levantaron asustadas y dispararon en los corrales, con gran inquietud de los pastores despertados por el tañido de las dumbas.

Abierta la sesión, lo primero y casi lo único que pidió á los dioses el Creador, fué que no permitiesen que su culto fuera á crear á la Humanidad ninguna obligación fastidiosa, como tantas otras religiones, basadas todas en las palabras demasiado grandiosas para no ser vanas, de virtud, de caridad, de humildad, atribuyéndose cada una de ellas, el monopolio de la Verdad.

Les explicó que todas tratan de deslumbrar al Hombre con los esplendores del culto, de aterrorizarlo con la amenaza de suplicios atroces en este mundo ó peores aún en el otro, ó de engañarlo con promesas absurdas de eterna felicidad; desviando así siempre de algun modo, la idea santa de respetuoso amor que debería tener el Hombre hacia

la divinidad y acabando por hacerla odiosa ó ridícula.

«De ritos sanguinarios ó terribles, les dijo, fanáticamente exclusivo, infantil y necio, ó poético y risueño, todo culto sacerdotal ha corrido, corre ó correrá la misma suerte.»

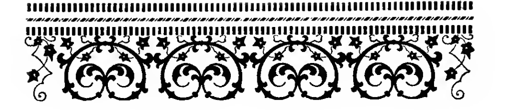
Y la asamblea decidió que la sencilla magestad de los dioses campestres no necesita templos grandiosos, iglesias lujosas, catedrales inmensas, ó mezquitas doradas; que para ellos basta la llanura sin fin, la naturaleza con sus mil aspectos, el cielo radiante de sol ó salpicado de estrellas, ó la misma alma del soñador.

Y desde entonces, cualquier homenaje les agrada; no piden sacrificios, ni ofrendas; nunca extienden la mano para amenazar, ni para pedir. Se contentan con inspirar al hombre, sin exijir la fé ciega, el amor profundo á lo bello y á lo bueno, la admiración de los mil fenómenos de la naturaleza, el agradecimiento por los favores de que nos colma; la compasión para lo que sufre, la indulgencia para lo malo.

No requieren, para celebrar su gloria, majestuosos y sonores órganos; les basta la lira del poeta, la guitarra del payador, el canto de las aves, y tampoco piden que les eleven estátuas, pues de ellas nace la idolatría.

A más ¿que imágen puede el Hombre dar de los dioses que sea digna de ellos?—Dirán que por Fidias fué esculpida Venus. ¡Venga entónces un Fidias argentino, y les dé vida á los dioses del Olimpo pampeano!





XXV.

EL ALMA LATINA.

Sobre la Pampa inmensa, desde las riberas del Atlántico hasta las Cordilleras altaneras, flota, ténue, risueña, simpática, victoriosamente irresistible, el alma latina. Traída fué por los conquistadores, en los dobleces de la orgullosa capa castellana; luego vinieron, trayéndola tambien bajo su sayo humilde, millares de trabajadores itálicos, pacientes y tenaces, con los ojos llenos de sol y los oídos de cantares; y tampoco dejaron de empeñarse en hacerla cundir, por la

enseñanza de sus libros y de su palabra, muchos galos, amigos de vulgarizar, con las elegancias de la vida, las artes y las ciencias. Desde el primer día se esparció por la llanura en las alas del viento, apoderándose de la pobre alma primitiva de los aborígenes, dominándola, imponiéndosele, haciéndola suya.

Su rival implacable, hija de las neblinas espesas, la siguió para disputarle su preciosa conquista; pero lerda, llegó tarde. Audaz solo cuando cree posible la victoria sin peligro, aunque sin gloria sea el triunfo, el alma sajona, insinuante con los fuertes, brutal con los débiles, se quiso primero deslizar y despues quiso vencer.

El alma latina le hizo ver á golpes de cuán viril superioridad es sobre ella; pero el alma sajona se sabe agachar y fácilmente sobrepone el interés al honor: trajo libras esterlinas...Es práctica, dicen.

El alma latina es algo más: es genial. Su imaginación ardiente la pue-

de perjudicar; pero tambien posee en sus manos, con los pacíficos laureles del arte, la gloria sin par de conseguir de los dioses remedios ignotos para las dolencias humanas, inspirándole el genio de las batallas, cuando se vuelve preciso, la creación de temibles armas que imponen la paz al orbe.

El alma sajona se burla de los sobresaltos del alma latina, pero aprovecha sus obras; nunca ríe, ella, nunca llora, ni perdona jamás. El alma latina, á veces, es cierto, ríe como loca, canta de alegría ó llora con desesperación; sus movimientos son extremos; pero tambien, abatída, de repente, se levanta; victoriosa, perdona, y con sus cantos y su alegre y viváz ingenio, sigue civilizando el mundo, que la otra sólo trata de conquistar con su oro.

El alma sajona, alma rapaz de mercader, codiciosa, cruel, imperiosa, toda de cálculo, hasta en sus aparentes rasgos de generosidad, bien quisiera todavía hacer pesar sobre la Pampa,

conquista del alma latina, su cetro de hierro, su garrote...

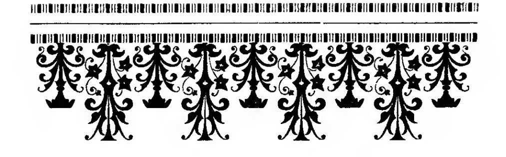
¡Alma latina! que de tí misma siempre dudas y siempre reniegas, hasta creer á veces que el oro supera en valor á tu ingenio poderoso y que la brutalidad sajona vale más que tu exquisita fineza, que te empeñas en aprender y en propagar en tus territorios el idioma rudo del norte, como si sus fieros acentos fueran superiores á la música del tuyo, juntá bien á tus hijos: júntalos en Europa, y júntalos aquí.

Al tocar el suelo argentino, donde ya impera con todos sus defectos, quizas, pero tambien con todas sus admirables virtudes, la raza latina, creadora, por el libro y por la espada, por la ciencia y el arte, del viejo mundo civilizado, sentirá renacer en sí, — nuevo Anteo,—fuerzas bastantes para luchar y para vencer.

Le bastará para ello adquirir, para las vulgaridades de la vida, las aptitudes sajonas de práctica audacia;

—tarea fácil para su inteligencia despierta,—sin que deje de conservar incólume, á traves de los siglos, el arca sagrada de su inimitable genio.





XXVI.

NEBLINA.

Al ponerse el sol, el gallo cantó; y por órden de Pan, volvió á cantar más tarde aún. Así quedaron avisados los pastores que la neblina iba á extender sobre la tierra dormida su espeso y liviano manto y que tuvieran bien cuidado de vigilar sus rebaños.

¿A qué misteriosos designios obedecerá la ninfa imponderable, al tender así sobre la llanura su velo húmedo, rajado siempre por el transeunte, y siempre intacto é impenetrable? No le permiten dejarlo sospechar. Sólo podrá pensar que algún nuevo

Júpiter haya querido raptar á otra Jo, el hacendado á quien le falte despues que pasó la neblina, una preciosa vaquillona; ó podrá suponer otro, que Mercurio, al llevar de prisa un mensaje amoroso de alguna diosa á algun mortal afortunado, ha querido disimular el objeto de su viaje, llevándole, para andar más lijero, la tropilla de caballos que justamente con la neblina, desapareció de su campo.

Serán juegos de ociosos, que lo mismo se pueden achacar á dioses desocupados como á gauchos atorrantes; pero muy cierto es que la neblina favorece mil travesuras pesadas, sin que se sepa por cuenta de quién obra, y que ella tapa de lo lindo cualquier hurto de hacienda, hace mixturar las majadas y embroma á medio mundo.

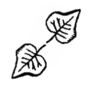
Tambien engaña al viajero; le hace dar vueltas y vueltas, á veces, alrededor del punto de partida, como si lo tuviera encerrado entre las espesas paredes de una cárcel algodonada, y cuando de repente se abre,

dejándole ver el horizonte y conocer su error, reniega él de no haber dejado andar á su antojo el caballo que, si no lo hubiera querido dirijir, lo hubiese llevado bien.

Pero al mismo tiempo que lo hace andar extraviado, le sugiere la neblina lindos sueños. Con un rayo de luz que le pide prestado al sol y que caprichosamente remueve, produce ilusiones que embelezan al jinete; agranda de repente ó achica los objetos; ora se pone tan tupida que ni á cinco pasos, se puede distinguir nada, ora se vuelve liviana, blanca, clara, como si ya fuera á despejar, y deja trasparentarse la cara redonda del sol, pálida, sin rayos, triste, como un gran globo muerto de ópalo.

El viajero se para, admirado: divisa, perdida en la vaporosa lontananza, una estancia enorme; casas altísimas con torres, galpones y montes; haciendas numerosas y gigantescas vagan alrededor. Suputa en su mente á cuantas leguas puede estar de su casa, calculando las horas que ya lleva de galope sin descanso, pa-

ra tratar de adivinar qué estableci-miento puede ser; y mientras adelanta al tranco, cavilando y repasando en su memoria todas las principales es-tancias del partido, la neblina dirije sobre el bulto el rayo de luz que pidió prestado al sol, y se muerde los labios el jinete al conocer que la vaporosa lontananza son cincuen-ta metros, que la estancia, las casas, y el monte son el cardal que rodea su propia casa, y que las haciendas numerosas y gigantescas que allí pacen, son algunas ovejas rezagadas de su majada.





XXVII.

ORACIÓN Á LA LLUVIA.

Lluvia, madre santa de la fertilidad, escucha con benevolencia las humildes preces de los pastores desgraciados, tus fervientes adoradores. Desde muchos meses te fuiste, dejándonos presa de la Sequía infernal que goza destruyendo tu obra. Los pastos, en las lomas, han desaparecido, dejando la tierra desnuda y polvorosa; en las cañadas, el suelo amarillento se raja, apenas cubierto por algunas matas de pasto duro, ralo, corto y sin jugo; el fondo de las lagunas se cubre de vegetación, pues

han dejado ya de saber lo que es agua; el arroyo ya no canta: su lecho está seco.

Los animales vagan, cayéndose de flacos; las vacas pasan el día entero, paradas cerca del jahuel exhausto, pidiendo agua.

¡Lluvia! madre santa de la fertilidad, escucha á tus fieles!...

En vano. No viene...

¿Hasta cuándo vás á seguir haciéndote la esquiva?

No nos hubieras colmado de tus favores: mejor hubiera sido; pues, para venir á perderlo todo, mejor haberse quedado pobres toda la vida. ¿Qué te hemos hecho? ¿Algun desprecio hemos demostradop or tus favores? ¿Los habremos mal gastado?...

Lluvia, lluvia, 'perdona si hemos sido culpables hacia tí... Pero déjate tambien, diosa caprichosa, de hacerte rogar tanto.

¿Dónde andarás desde tanto tiempo?

¿Quién sabe si ya no estará fastidiando tu prolongada presencia en alguna parte. ¡A ver! ¡á ver! Lluvia, veníte de una vez...

*
* *

Oyó nuestras oraciones la diosa benévola; volvió por fin, y ya el pasto reverdece, las lagunas se llenan, el arroyo vuelve á cantar; alrededor de las osamentas el trébol abunda, tupido, fresco, verde, florecido, y los animales que han resistido van arribando, y pronto retozarán.

Lluvia, santa madre de la fecundidad, bendita seas, por haber vuelto á llenar de pastos y flores la cornucopia de la diosa Pampa y de alegría el corazón de los estancieros.

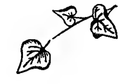
*
* *

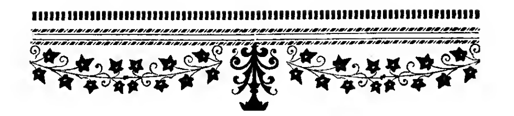
...Lluvia, lluvia, ¡Diosa! está bueno ya! Las lagunas están llenas; el arroyo se sale de madre, los cañadones están como esponja, y pronto en ellos el agua tapará el pasto. Lluvia, deja de caer; ó vete á otras partes donde falta haces; házte bendecir allá como te bendecimos aquí...

Te bendecimos y de veras; pues

sin tu venida, todo se moría. Pero, decínos, Lluvia ¿no oyes nuestras voces? ¿no ves lo que estás haciendo? Las haciendas, con tanta agua, volvieron á enflaquecer; estan oprimidas, amontonadas en lo más alto de las lomas; quedan enfermas, apestadas, se les mueren las crías.

¡Oh! diosa caprichosa, bienhechora y malévola, cuya ausencia parece castigo; que vienes, los brazos llenos de riquezas, á visitar la Pampa, llamada á gritos por los pastores, cuando te olvidas de ellos, y cuya venida tan deseada, pronto se vuelve para ellos, castigo tambien, de no se sabe qué crímenes!





XXVIII.

EL PADRE DEL MAR.

Pequeño, desnudo, endeble, pero audaz en su timidez, se atrevió el Indio, nacido en las espesas selvas de la ribera del gran rio á confiarse, navegante en ligero esquife, á su benevolencia algo amenazadora.

Los camalotes pasaban, como cestas floridas, suavemente llevados por la corriente, y pensó, que adonde ellos iban se podría quizas deslizar, ávido de conocer las regiones lejanas y seguramente maravillosas que más allá, siempre, sin límites, creía, bañaba el dios generoso.

Costeó la ribera el Indio, con su

canoa; ora al pié de altas barrancas, ora evitando los juncales espesos de vastos ciénagos, á veces sacudido por las olas amarillentas, otras, llevado sin esfuerzo por la corriente tranquila; arrastrado impetuosamente, en ciertos días, ó como atajado en su marcha adelante, en otros. En partes vió con sorpresa el gigante encogerse para juntar sus fuerzas y precipitarse, con espantoso trueno, en angostura profunda, volviéndose despues cada vez más ancho, más opulento, más majestuoso.

Lo vió, de repente, dividirse en mil brazos, arroyuelos unos, magníficos ríos, otros, todos bordados de preciosas islas, llenas de vegetación exuberante, de frutas exquisitas, hirviendo de vida el agua, con sus millones de pescados; la tierra, con sus animales de mil especies, el aire cruzado por aves vistosas y por vibrantes insectos.

Y cuando, despues de haber vagado, perdido durante muchos días, voluntariamente, en ese hermoso laberinto de canales, seducido por su

belleza, grandiosa á la vez que deliciosa, llegó al magnífico dominio donde se extiende el río en toda la majestad del vasto estuario, extático, se arrodilló el Indio, débil y pequeño, en la verde ribera, saludando á su dios,—cuyo misterio acababa de descubrir,—con el nombre merecido de Padre del Mar.

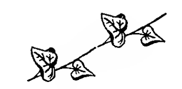
Acepta el homenaje humilde del Indio, desnudo y endeble, el imponente río; pero más gustoso aceptará, despues de tantos siglos de quietud, el homenaje de los gritos de admiración de los conquistadores, cuyas blancas carabelas mira tambien él, con asombro.

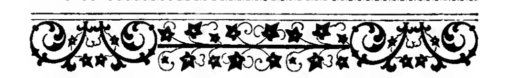
Exigirá,—es cierto,—el sacrificio de preciosas vidas, antes de volverse propicio al hombre, pero permitirá que las grandes sombras de Solis, de Gaboto y de Garay, siempre flotantes en sus aguas, protejan durante los siglos á los navegantes.

Dejará que en sus riberas se fundan florecientes ciudades, se prestará á la formación de numerosos puertos; ofrecerá fertilizar con sus aguas abun-

dantes la tierra de donde saca el hombre su mantención.

En su inagotable generosidad sólo extrañará el Padre del Mar que el hombre á veces ó desdeñe sus regios obsequios, ó parezca, en su ignorancia, no saber qué hacer con ellos.





XXIX.

OSAMENTAS FECUNDAS.

Extenuado por el largo hambre invernal, tiritando de frío, bajo la lluvia helada que cae sin cesar, de una flacura tan extrema y de edad tan adelantada que ya no dejan lugar á ninguna esperanza, el pobre caballo se deja caer,—exhaustas sus fuerzas,—detras de una gran mata de paja.

Todavía lo guía, para buscar este reparo, el indestructible instinto de conservación, opuesto por la naturaleza prudente al exquisito y violento atractivo del reposo eterno, para obli-

gar á los seres todos á luchar, aunque no quieran, contra los avances de la muerte.

Echado detrás de su frágil abrigo, pasivamente lucha contra la destrucción final; sufre, agoniza, dura, creyendo quizás que, como tantas otras, pasará esta tempestad, dejándolo todavía con fuerzas para seguir viviendo.

Pero el huracán recrudece; la lluvia, cada vez más fría, lo penetra más y más; el hambre agota sus últimas fuerzas, y poco á poco lo abandona el soplo vital. Y cesó la lucha, cesaron los últimos estertores y con ellos, las borrascas de la vida: descansa ahora; descansa profundamente, despues del largo y penoso galope de la vida.

¿Descansa? así parece, pues su cuerpo yace, tendido, inmóvil. Pronto se volverá objeto de repulsión por su repugnante hediondez, horror de los ojos que lo vean, por sus formas espectrales y fantásticas; y sin embargo, las inmundas aves de rapiña ya

encuentran en ese cadáver inerte elementos de vida; hervideros insaciables y siempre renovados de gusanos asquerosos revuelven incansablemente, como en busca de misteriosos tesoros, las profundas bóvedas donde quedaban encerradas las vísceras.

Enjambres de moscas de todos colores y de todos tamaños, zumban, atareadas, llenándose de lo que para esas horripilantes abejas, será miel nutritiva; y la tierra bebe con avidez los jugos sustanciosos que ya no utiliza el cuerpo en disolución, mientras que poderosos escarabajos la ayudan en asimilarse las materias en que no circula ya la vida.

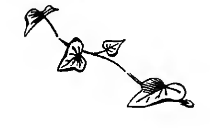
El aire y la tierra, las aves, los animales y los insectos, herederos naturales de todo organismo al cual momentáneamente abandona la vida, se han repartido ya los despojos; sólo queda la osamenta, blanqueando al sol, con sus arcos y sus huecos, y sus formas raras, que serían ridícu-

las, si no infundiesen más miedo que risa.

Los animales poco se le acercan, le tienen instintivo recelo, y hasta se espanta el caballo montado que de repente dá con ella.

Pero vá pasando el tiempo; y poco á poco, aparece la osamenta asentada en opulenta alfombra de verde intenso. El campo, en toda su extensión, sólo produce paja dura, pasto puna gris ó amarillento, pero al reparo de los huesos puntean el trébol y la gramilla; y crecen hermosos, de tallos altos y de hojas anchas, de verde obscuro, llenos de pimpollos y de retoños, y muchas otras plantas abundan, de diferentes familias y de follajes variados. Crecen, suben, trepan alegremente entre los huesos; los cubren con mil ramilletes de flores que embriagan de amor á los séres que pasan; se enroscan voluptuosamente entre las costillas resecas del esqueleto y salen por los ojos huecos, tapando con su frondosidad embalsamada el horror del cráneo desnudo.

Llenas de vigor, anhelosas por florecer, se disputan el sol que para todas luce, generoso, y pronto se volverá la imágen fúnebre, hecha un lozano y fragante ramo de flores, todo un símbolo de vida exuberante.





XXX.

AUGURES.

Las deidades campestres enseñaron al pastor pampeano á traducir del canto de los pájaros, fieles compañeros de su soledad, el anuncio de los fenómenos de la atmósfera.

Se complacieron en hacerle notar las diversas modulaciones de sus gritos y su significación, enseñándole tambien las variaciones de su vuelo y el motivo de ellas. Le nombraron las estrellas más notables, infundiéndole, de padre en hijo, la ciencia de la orientación, hasta hacer de ella, para él, un verdadero instinto.

Le explicaron los misterios del sol y de la luna y le divulgaron los secretos del humor caprichoso del viento.

Le enseñaron á cuidar sus rebaños, á luchar contra las alimañas nocivas y los insectos que perjudican, y en esa obra desinteresada trabajaron todos los dioses propicios, dándole todo su ciencia al pastor pampeano, sin nunca pedirle nada.

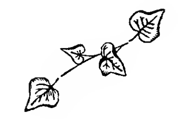
Pero cuando supieron ciertos dioses de otra laya, que prosperaban en la Pampa las deidades de las antiguas fábulas paganas, tambien quisieron tratar ellos de sacar provecho de esas regiones nuevas y mandaron á sus augures y sus arúspices á estudiar el terreno y conocer á la gente. Estos acudieron en tropel y se difundieron por todas partes, á ver si establecían templos para colocar sus ídolos de palo pintado y de yeso, enseñando á los pastores que para hacerse propicios esos dioses había que darles plata y regalos. Pero los pastores son pobres y viven diseminados;

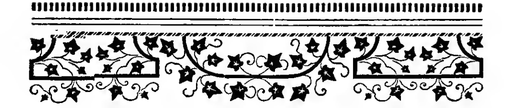
y bien poco producían ó nada, á pesar de las promesas y de las amenazas de los augures, de modo que estos pronto redujeron su propaganda á los pueblos y ciudades, donde la gente es más numerosa y más rica, llevándose allá el tabernáculo en el cual aseguraban que tenían á Dios encerrado.

Los pastores preguntaron á Pan por qué no tenía, él tambien, un tabernáculo para el mismo objeto, y él les contestó con su habitual sonrisa sardónica y con un gesto circular que les hizo comprender que la Naturaleza toda es Dios, y no necesita augures para instruir al hombre, pues ella sola es la verdad y todo lo demás es mentira.

¿Qué más que ella podrían enseñar esos augures al pastor pampeano? si se retiran á las ciudades, es que bien entienden que, al lado de su portentoso templo, parecen los de ellos por demás pequeños y que todos sus libros y sus enfáticas predicaciones no valen una sonrisa de la primave-

ra, para convencer á aquel del único y sagrado deber que le dicta la Naturaleza: enriquecer por su trabajo á la llanura pampeana con todos los dones que todavía le faltan, y poblarla con una raza de sangre generosa.





XXXI.

EL VELLOCINO DE ORO.

La Pampa es pobre, bien pobre; no riega sus campiñas, cubiertas de pasto rudo, ningun Pactolo, y nunca pastor alguno ha encontrado en las arenas de ningun arroyo pampeano pepitas del precioso metal amarillo que hace los hombres tan felices,... y tan desgraciados, á veces.

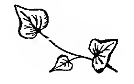
Mientras ignoraron su existencia, los pastores pampeanos tambien ignoraron la codicia, viviendo del producto bastante mezquino de sus rebaños, pero sin desear otra cosa; ricos por consiguiente, pues es rico el que no necesita más de lo que posee.

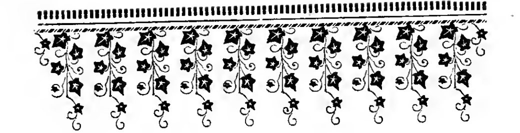
Pero llegó el día en que oyeron contar del oro maravillas que les causaron envidia. Empezaron á desear de tenerlo ellos tambien, y lo pidieron á sus dioses. Los dioses pueden muchas cosas, pero con todo, no pueden hacer que exista en sus dominios lo que ahí no existe, y ya que en las arenas de la Pampa no hay oro, no podían hacer que lo hubiera. Y no sabían por donde darse vuelta, cuando,—no se sabe por quién,— oyó contar un pastor la famosa historia del vellocino de oro. Entusiasmado, el hombre exigió de Pan que tambien le indicara donde estuviera algun otro vellocino igual, y que él iría sin vacilar y desafiaría mil muertes para encontrarlo, arrancarlo á sus guardianes y traerlo á su tierra.

Pan en vano le aseguró que no había habido más que un vellocino de oro, y que era inútil buscar otro, pues no lo había en ninguna parte del mundo; insistió, insistió tanto el pastor pampeano, que Pan, al fin, le prometió encontrar uno y traérselo él mismo.

Y le trajo algunas ovejas, animal hasta entonces desconocido en la Pampa, asegurándole que la lana que llevaban en el cuerpo era oro. Se le enojó el pastor, á pesar de la fé ciega que siempre tienen los pastores hacia su dios favorito, su verdadero protector, y dejó abandonadas las ovejas. Pan, entonces, él mismo, las cuidó, y cuando vino la Primavera, las esquiló y cambió la lana por una pequeña cantidad del codiciado metal, á unos hombres venidos de regiones frías donde se necesita la lana para guarecerse de las intemperies, y donde el oro abunda.

Y los pastores entónces comprendieron que Pan no les había mentido, tampoco esta vez, que bien era de oro el vellon de sus ovejas, y que con cuidarlas ellos con esmero, pronto no habría arroyo en la Pampa que no acarreara pepitas y que hasta sus arenales serían polvo de oro.





XXXII.

EL PRESENTE DE OSIRIS

Despues que el rey-dios Osiris hubo hecho florecer en su patria, el Ejipto, ináudita prosperidad, con enseñar á los habitantes la agricultura, recorrió muchas regiones del orbe, vulgarizando los conocimientos más útiles, fomentando el cultivo de la tierra, haciéndose en todas partes admirar y querer, por los grandes bienes que dispensara á la humanidad.

Acabó por llegar, después de muchos siglos de peregrinaciones incesantes, á las costas de lo que debía ser la América del Sur, cuando esas

tierras, todavía sin nombre y sumidas en las tinieblas de la barbarie, apenas alcanzaban á sostener, á pesar de su inmensa extensión, la precaria existencia de las pocas y miserables tribus de indios que las recorrían.

Impulsado por la conmiseración que le causaba el espectáculo de tanta pobreza, resolvió favorecer á esas comarcas con un presente regio, y ordenó á dos de sus discípulos, elejidos entre los europeos que empezaban á invadir el inmenso territorio y á molestar á los primitivos habitantes, —inofensivos, si los hubieran tratado con misericordia,—de ir á su tierra en busca de ocho vacas y de un toro, de las que Él, con su compañera, la diosa Isis, había propagado por todo el orbe.

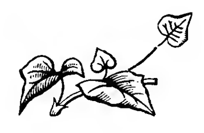
Y los hermanos Goes, obedeciendo la órden, trajeron sanos y salvos, á pesar de las peligrosas iras del oceáno, en la nave atrevida que se balancea sobre las olas inquietas, hundiéndose y subiendo con ellas,

tal una gaviota giganta, los nueve animales sagrados; y los arrearon durante muchas leguas en país cálido, dejándolos para que crecieran y multiplicaran en las selvas y en las praderas bañadas por el Paraguay correntoso.

Pero tanto se multiplicaron bajo el ojo vigilante y protector de Osiris, que poco á poco, extendiéndose por los campos pastosos, llevados á las comarcas del sur por el mosquito arreador, cubrieron tambien de sus numerosas familias la llanura pampeana, proporcionando al hombre su carne para que la comiera, su cuero para que se vistiera; su leche, las hembras, su fuerza poderosa, los machos.

Y el viejo rey-dios Osiris, al contemplar, pocos siglos despues, la extensa pampa poblada de rodeos innumerables, incalculable riqueza del pastor argentino, no pudo menos que extrañar que el nombre de sus discípulos obedientes, los hermanos Goes

hubiera quedado en el olvido sin que el más modesto monumento hubiese sido erijido á su memoria tan merecedora de honores divinos.





XXXIII.

TELLUS ALMA MATER.

Cibéles, la majestuosa y robusta madre de los dioses, buena, grande, fecunda, protectora de la humanidad, dispensadora de los bienes de la tierra, dejó caer sobre las inmensas soledades pampeanas una benevóla ojeada y se admiró que tan grande y fértil extensión quedara sin cultivo, manteniendo apenas algunos rebaños dispersos.

Y llamando á Céres, la rubia diosa de las doradas mieses, le entregó la llave de oro con que encierra sus tesoros, para que de ellos sacara la

simiente de la futura riqueza de la Pampa. Y el hijo adoptivo de Céres, Triptolemo, bienhechor querido del orbe entero, atravesó en su carro tirado por dragones alados, presente de la diosa, el océano inmenso.

En la fértil tierra negra, profunda, de hirviente fecundidad, abrió con el arado un ancho surco, embalsamándose el aire con el perfume vivificante del suelo removido.

El pastor nómada, incrédulo, vino atraido por la novedad, y sentado al pié de su caballo, lo miró mucho tiempo con irónico desprecio.

¡Darse tanto trabajo para destruir el pasto que espontáneo crece y mantiene á los animales!

Seguramente no debía ser muy cuerdo este desconocido, venido de países lejanos, para buscar en el seno de la tierra lo que en la superficie crece sin esfuerzo, y durante algunos dias, siguió viniendo á mirar, no más, y á reirse.

Triptolemo ahora, descansaba. En los surcos abiertos había desparramado granos de varias formas y

tamaños, dejando, paciente, obrar el poder maravilloso de la gran madre fecunda, Cibéles, la milagrosa generadora de dioses y protectora de la humanidad. Y al cabo de poco tiempo, el pastor asombrado vió que verdeaba el suelo removido, como nunca, ni en las más florecientes primaveras, lo había hecho. Creció su admiración cuando vió que donde hasta entonces no habían salido más que yerbas ralas, cortas y de poco sabor, brotaban exuberantes pastos de abundante follaje cubierto de flores, y plantas que al poco tiempo, se coronaban de espigas color de oro, llenas de nutritivo grano.

De Triptolemo, el extranjero venido de lejanas playas, ya no se reía el pastor nómada, y apéandose, ató resueltamente su caballo al arado y tambien abrió el surco creador y pudo ver alternándose por la llanura, los campos de alfalfa salpicados de bueyes gordos y los de trigo dorado que suavemente menean su cabellera rubia al caprichoso soplo de los vientos de la Pampa.

La Labor fecunda, diosa que sólo ayuda á sus fervientes, pero que todo lo vence á favor de ellos, quedó encargada por Triptolemo de seguir con su obra, y el pastor pampeano se apresuró en consagrarle sus hijos.

Ella tiene á su servicio á todos los dioses protectores del habitante de las campiñas, para dominar la inercia ó la maldad de los dioses malvados. Rechaza las plagas, vence el hambre y la sed; fecunda y puebla la tierra, y hace las naciones grandes, fuertes, poderosas.





XXXIV

DEIDADES MODERNAS.

Un estridente silbido ha desgarrado los oídos y rajado la atmósfera tranquila; la diosa Pampa despertó de su majestuosa serenidad, y todos los dioses campestres abandonando majadas, rodeos y manadas, huyeron, quien sabe á donde, dejando perplejo al pastor solitario.

Y despues del silbido, se oyó un ruido sordo, como de trueno subterráneo, que hizo temblar la tierra; mientras que en medio de una nube espesa de vapores blancos y livianos, se ponía en movimiento un

enorme mónstruo, tan rápido como pesado, negro, reluciente, de formas desconocidas. Y los hombres se prosternaron asustados, ante ese nuevo conquistador de la pampa.

Cuando se pudieron juntar con sus dioses familiares, preguntaron á Pan quien era ese dios desconocido, temiendo que fuera uno de los antiguos ocupantes monstruosos de la tierra. Pan, primero, no supo que contestar, pero disfrazándose de gaucho como suele hacer, empezó sus indagaciones, y llegó hasta poder subir en el mónstruo con los hombres que lo manejaban. Y cuando volvió y contó lo que había visto, oído y hecho, primero no lo quisieron creer; pero Pan es el dios amigo de los pastores y bien saben ellos que deben tener fé en sus palabras. Todo se lo contó y con su sonrisa de siempre, tan sárdonica que haría dudar de la luz del sol, agregó: «Montados en el mónstruo, llegaron el dios Progreso, con su compañera la Ciencia y su hija la Felicidad.»

El Progreso y la Ciencia, con su

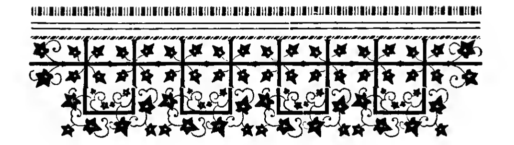
fecunda actividad se pusieron á la obra. Removieron la tierra, la fertilizaron, mejoraron y aumentaron el producto de los rebaños; edificaron casas, palacios y ciudades; cautivaron las aguas para hacerlas correr por donde quisieron y cuando quisieron; atravesaron los rios anchos, y hondos, divulgaron al hombre por medio de libros los secretos de la Naturaleza, y le enseñaron á dominarla por su trabajo arduo, en vez de quedarse contemplándola.

Agrupando á los hombres, haciendoles juntar sus fuerzas y su trabajo poniendo á su disposición máquinas poderosas y bien combinadas, les hicieron producir en cantidad enorme todo lo que podían necesitar, y muchísimo más, para vestirse bien y comer mejor.

Y poco á poco, gracias al Progreso y á su compañera la Ciencia, la Pampa se volvió una llanura cualquiera, muy cultivada, muy poblada, donde, como en todas partes, vive opíparamente el rico haragán,

y miserablemente el pobre trabajador. Los dioses sencillos de los tiempos primitivos, uno á uno, se fueron, dejando ya para siempre la Pampa insulsa, sin poesía y despojada de su serena majestad. Y cuando el mismo Pan se iba á despedir de sus amigos los pastores, estos le preguntaron cuando le parecía que llegarían á conocer á la Felicidad, hija del nuevo dios Progreso y de su compañera la Ciencia; y Pan, con la sonrisa de siempre, tan sardónica que haría dudar de la luz del sol, les contestó: «Mañana.»





XXXV

FRATERNIDAD.

Estruendosos gritos de rabia, lamentos y rugidos, vociferaciones de combatientes encarnizados; chis chas de armas locamente esgrimidas y sordos retumbos de cañonazos, cargas estrepitosas de caballería, regueros de sangre derramada; batallas, derrotas, fugas y persecuciones, mienbros partidos y cráneos destrozados; pechos atravesados en los cuales acaba en borborigmo el impotente anatema de la tiranía vencida al libertador; de océano á océano, un estremecimiento terrible que conmueve

llanuras y cerros; y del cruento y doloroso alumbramiento nace la República Argentina.

Y fué gloriosa madre, ella, de catorce hijas hermosas, hermanas, hoy estrechamente unidas al rededor suyo, para tejer el espléndido manto de riquezas con que, poco á poco, á medida que adelántase la tarea, vá deslumbrando al Mundo atónito.

Pacíficamente poderosa, infunde, en su majestuosa tranquilidad, á los envidiosos el respeto de su fuerza y detiene con un gesto sus avances; y generosa, ofrece á los hijos de todos los países del orbe su liberal hospitalidad, con la vida fácil para los laboriosos que dedican sus esfuerzos á ayudar en su obra á cualquiera de sus hijas.

No faltan telares y cualquier tejedor, según sus aptitudes, puede elegir su sitio. ¿Sabrá, en las extensas y verdes praderas, cuidar con esmero las haciendas y rebaños productores de la lana que abriga y de la carne nutritiva que apetecen y piden á gritos las poblaciones europeas, ame-

nazadas por el hambre? Si prefiere, con el arado que reluce, abrir en la tierra el surco profundo, nacerá el trigo, rubia melena de los suelos ricos.

Al pié de los Andes, otro cultivará la vid cuya fruta proporciona al trabajador la fuerza alegre, ó bien en muchas partes, podrá con el hacha, beneficiar las selvas inmensas de ricas maderas, ahorro secular de la naturaleza benévola.

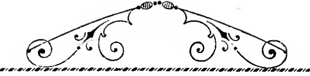
La corona de la República necesita por adornos pedrerías regias, y no faltará quien las busque en las minas inagotables de las Cordilleras. Y á la par de las montañas, el océano y los grandes ríos propinarán sus riquezas al marino audaz y paciente.

El círculo familiar aumenta paulatinamente; otros hijos, pequeñuelos aún, se vienen juntando y criando fuerzas, ofreciendo ya cada cual á la obra común, su tributo de selvas y de llanuras, de costas y de montañas; su clima áspero, unos, que produce los hombres vigorosos, otros

su clima cálido, propicio al cultivo de las plantas tropicales útiles al hombre. Y atraidas insensiblemente en la orbita del astro fraternal, otras hermanas, mayores de edad, se juntarán con él, atrayendo á su vez á otras más, hasta formar la gran familia latina de la América del Sur, unida é invencible.



ÍNDICE



DEL MISMO AUTOR

LA CRÍA DEL GANADO EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

(Manual del Estanciero)

MANUAL DEL AGRICULTOR ARGENTINO

Un tomo de 900 páginas con 205 grabados, $ 10.—

TIPOS Y PAISAJES CRIOLLOS, 1ª. Serie

» » » 2ª. »

CADA MATE.... UN CUENTO

